



MÁSTER INTERUNIVERSITARIO EN  
HISTORIA Y CIENCIAS DE LA ANTIGÜEDAD

Trabajo de Fin de Máster

**EL DEBATE SOBRE EL IMPERIALISMO ROMANO.  
TRES CASOS DE LA LUSITANIA**

M<sup>a</sup> Natalia Gómez García

Directora: Ana Mayorgas Rodríguez

Curso 2017-18



*Excudent alii spirantia mollius aera,  
credo equidem, vivos ducent de marmore vultus,  
orabunt causas melius, caelique meatus  
describent radio, et surgentia sidera dicent:  
tu regere imperio populos, Romane, memento;  
hae tibi erunt artes; pacisque imponere morem,  
parcere subiectis, et debellare superbos.*

VIRGILIO, *Eneida*, VI, 847-853

## Índice

---

Introducción .....	3
PRIMERA PARTE: El debate sobre el imperialismo romano .....	4
1. Los conceptos de imperialismo, <i>imperium</i> , <i>prouincia</i> y <i>humanitas</i> .....	4
2. El desarrollo del imperialismo romano en la República tardía de E. Badian .....	9
3. La búsqueda de la hegemonía frente a la necesidad defensiva en P. Veyne .....	15
4. Guerra e imperialismo de W. Harris .....	18
5. La constitución de <i>prouvinciae</i> , el caso de las <i>Hispanias</i> en J.S. Richardson .....	25
6. La anarquía multipolar del mediterráneo y el auge de roma de A.M. Eckstein .....	30
6.1. El rechazo de W. Harris a la multipolaridad del mundo antiguo .....	35
7. Las fuentes latinas como instrumento legitimador del imperialismo romano en A. Erskine .....	36
SEGUNDA PARTE: La ciudadanía romana como instrumento de dominación. Tres casos de la Lusitania .....	42
1. El concepto de “ciudadanía” en el marco del imperialismo romano .....	42
2. La <i>deditio</i> de la <i>Tabula Alcantarensis</i> y el castro de Castillejo de la Orden .....	47
3. La llegada de Roma a <i>Metellinum</i> .....	53
4. La fundación de la <i>Colonia Iulia Augusta Emerita</i> .....	56
Conclusiones .....	59
Anexo de textos .....	63
Anexo de figuras .....	65
Bibliografía.....	69

## Introducción

---

En el presente ensayo se ha desarrollado el tema del imperialismo romano, prestando especial atención a las teorías que han tenido un mayor impacto en el mundo académico. Además, como casos especiales, se han elegido tres yacimientos arqueológicos de la Lusitania para ilustrar cómo afectó la llegada de los romanos a este territorio, fundamentalmente en el ámbito militar y territorial. En esta ocasión, las cuestiones de índole sociocultural no son tratadas en gran profundidad, con la salvedad de la mentalidad romana, la cual es necesaria comprender según todos los historiadores aquí citados para analizar el funcionamiento del imperialismo romano. El impacto sociocultural que provocó Roma en las comunidades indígenas conquistadas se analizó previamente en mi propio Trabajo de Fin de Grado, *El concepto de “romanización”*. *La diversidad del debate moderno* (2016), al cual remito para atender a las visiones planteadas por historiadores y, especialmente, arqueólogos.

De esta manera, en este trabajo pueden diferenciarse dos capítulos. En el primero de ellos se analiza el debate sobre el imperialismo romano. Como consecuencia de las múltiples interpretaciones que han sido publicadas a lo largo del siglo XX, se han seleccionado un total de seis historiadores cuyas perspectivas difieren unas de otras y aportan nuevos datos a la investigación. Desde las primeras publicaciones, se han observado dos tendencias interpretativas sobre el imperialismo romano. Una de ellas versa sobre la idea de un “imperialismo defensivo”, entendiendo que Roma siempre actuó cuando se sintió amenazada. La segunda ofrece una visión opuesta, un “imperialismo agresivo”, enfatizando la belicosidad romana frente a otras potencias del Mediterráneo. En este ensayo se propone comprender si realmente alguna de estas propuestas o la de los autores citados se ajustan a la realidad histórica. ¿Actuó Roma de forma defensiva frente a sus vecinos? ¿O debe ser vista como un Estado agresivo? ¿Este comportamiento fue igual en todos los territorios y momentos?

En el segundo capítulo se ofrece un análisis detallado de la ciudadanía romana, una cuestión relevante para todos los autores que han investigado este tema, pero sin la profundidad necesaria. Además, los yacimientos de El Castillejo de la Orden, Medellín y Mérida, todos ellos en la provincia española de Extremadura, ofrecen una valiosa información en cuanto a los modos de actuación de Roma en el territorio lusitano. El primero de los casos cuenta con el único ejemplo de *deditio* en bronce del Imperio Romano, la *Tabula Alcanterensis*. Medellín se ha identificado con *Metellinum* una colonia romana con importante pasado indígena. Finalmente, Mérida fue la capital de provincia de la *Lusitania*, *Emerita Augusta*, una ciudad reflejo de Roma.

## Primera Parte:

### El debate sobre el imperialismo romano.

#### **1. LOS CONCEPTOS DE IMPERIALISMO, *IMPERIUM*, *PROUINCIA* Y *HUMANITAS***

El estudio de la Historia de Roma y el pasado en general han estado siempre determinados por la mentalidad de aquellos que investigaron estas cuestiones. Roma había servido de ejemplo para las grandes potencias europeas en la conformación de sus imperios territoriales, especialmente Inglaterra y Francia. Ello había contribuido a fortalecer la visión positiva del Imperio Romano (Erskine, 2010, p. 37; Hingley, 2005, pp. 21-22). Por tanto, es necesario tener en cuenta el contexto histórico en el que las tesis imperialistas sobre Roma fueron formuladas, pues el estudio de la historiografía sobre el imperialismo romano constituye también el análisis de la visión del mundo a lo largo del siglo XX y cómo fue transformándose la idea de “imperio” en la mentalidad occidental (Hingley, 2011, pp. 103, 107). El desarrollo de una visión crítica en el análisis del empleo de términos clásicos resulta fundamental para comprender cómo el pasado ha formado parte del discurso colonialista orquestado desde el poder político de los imperios para establecer la manera de relacionarse con los pueblos han dominado (Hingley, 2009, p. 54).

La influencia romana en la mentalidad occidental es patente en todos los ámbitos de la vida, pero es especialmente notoria en el lenguaje actual y, con él, en las ideas a las que da nombre como significante. El propio concepto de “imperio” se deriva del latín *imperium*, aunque el significado concreto del imperialismo ha dado lugar a un amplio debate en el mundo académico (Erskine, 2010, p. 4). Los romanos no tuvieron una palabra específica para hablar de “imperialismo” y en el lenguaje moderno no cobró relevancia hasta la década de los setenta del siglo XIX (Champion y Eckstein, 2004, p. 2). Las múltiples teorías sobre el imperialismo hacen énfasis en diferentes aspectos en función del propio pensamiento del autor y los años en los que plasmó por escrito su tesis. La irrupción del término “imperialismo” en el mundo académico tuvo lugar a principios del siglo XX para el estudio de los imperios desarrollados en la Europa moderna (Erskine, 2010, p. 4). El estudio de los imperios modernos se produjo de

forma paralela al proceso de descolonización que tuvo lugar a lo largo del siglo XX, especialmente en Reino Unido y Francia (Erskine, 2010, p. 5). Dos de las figuras más importantes en el estudio del imperialismo moderno fueron John A. Hobson y Vladimir I. Lenin, quienes lo definieron como un fenómeno de la política internacional que tuvo lugar durante la revolución industrial de los siglos XVIII y XIX como consecuencia del modo capitalista de producción, el cual llevaba intrínseco la búsqueda de nuevos territorios, productos y campos de inversión. Por tanto, resulta anacrónico utilizar un término que hace referencia a las dinámicas económicas modernas para un mundo preindustrial, dominado por las actividades agrarias. Sin embargo, el economista Joseph A. Schumpeter propuso una teoría distinta que decía que el imperialismo moderno era heredero de las estructuras sociales agresivas y militarizadas de época preindustrial, una visión que ha tenido una fuerte influencia en las teorías sobre la antigua Roma (Champion y Eckstein, 2004, p. 2).

Dentro del estudio del mundo romano, Theodor Mommsen ya había planteado algunas cuestiones relativas al imperialismo romano a mediados del siglo XIX, si bien todavía el término “imperialismo” no se había popularizado. Este historiador siguiendo las fuentes clásicas explicó la actuación de Roma en política exterior de acuerdo con la necesidad de mantener la seguridad de sus territorios. Mommsen remarcaba así el poder y la agresividad de los vecinos de la *Urbs*, a la que presionaron y amenazaron dirigiendo así su política exterior. De este modo, Roma siempre llevó a cabo guerras defensivas que condujeron al aumento de su poder y, por ende, de la conquista de pueblos y sus territorios (Champion y Eckstein, 2004, p. 4; Erskine, 2010, pp. 36-37). Se trata de una tesis basada en la idea de una historia lineal y progresiva, es decir, tendente a una evolución hacia la consecución de un gran imperio. Francis Haverfield proseguiría con esta idea extraída de las fuentes clásicas para articular un modelo imperialista que consistía en la civilización de los pueblos bárbaros por Roma. A lo largo del siglo XIX y principios del siglo XX este tipo de interpretación se acercaba a los intereses de las potencias imperialistas modernas, que veían reflejadas sus ambiciones en el proyecto de la antigua Roma. En este contexto, el discurso romano cobraba coherencia con las ideas desarrolladas en el siglo XIX acerca de la “nación” y el “imperialismo”. Así, la investigación sobre la Roma clásica tomó la forma del pensamiento imperialista de la época eduardiana (Hingley, 2009, p. 55; 2011, pp. 106, 109-110).

Conforme se desarrollaba el siglo XX, se multiplicaron las voces en el ámbito académico que miraban al imperialismo desde una perspectiva crítica, en la estela de Hobson y Lenin, como respuesta a la expansión europea en el llamado “Tercer Mundo”. Los académicos italianos, entre los que cabe destacar la figura de Gaetano de Sanctis, lideraron la oposición a la teoría del imperialismo defensivo. En los años setenta el mundo anglosajón empezó a cuestionar la teoría del imperialismo defensivo de Roma, siendo W.V. Harris quien llevaría a

cabo el mayor ataque a esta idea de una Roma pasiva que únicamente actuaba para mantener su seguridad. La publicación de su obra, *War and Imperialism in Republican Rome 327-70 BC* provocó un amplio debate académico que continua hasta la actualidad. Bebía directamente de la teoría de Schumpeter, pues dibujó a Roma como una potencia belicosa y con una fuerte tendencia a la militarización, excepciones que la distinguían del resto de pueblos antiguos (Champion y Eckstein, 2004, pp. 3-4). El problema de este tipo de interpretaciones se halla en un hecho que ya habían formulado en la segunda mitad del siglo XVIII:

“The principal conquests of the Romans were achieved under the republic; and the emperors, for the most part, were satisfied with preserving those dominions which had been acquired by the policy of the senate, the active emulation of the consuls, and the martial enthusiasm of the people” (Gibbon, 1966, p. 5).

Por tanto, Roma dejó de conquistar territorios en el momento de máximo apogeo de su poder, lo que no encuentra paralelo con la máquina de guerra de Schumpeter que continúa anexionando y subordinando pueblos (Champion y Eckstein, 2004, p. 3).

En los años noventa el debate sobre el imperialismo romano se agitó en el contexto de las tesis postcolonialistas, surgiendo así reacciones desde el ámbito académico que criticaban cómo se había estudiado el pasado hasta la fecha, especialmente en el mundo anglosajón. Los postcolonialistas enfatizaban el hecho de que la tradición arqueológica se había centrado en el estudio de los elementos propiamente romano, pero no en cómo las identidades locales habían cambiado dentro del Imperio Romano (Hingley, 2011, pp. 101-102). Historiadores y arqueólogos empezaron a desarrollar tesis que abandonaban el paradigma metrocéntrico del imperialismo romano; es decir, Roma dejaba de ser la única y principal protagonista de su expansión por el Mediterráneo. El foco de atención se desplazaba hacia los pueblos de la periferia, los subordinados (Champion y Eckstein, 2004, p. 5). A estas nuevas interpretaciones cabe sumar el panorama académico que se ha dibujado en las últimas décadas para el estudio del imperialismo romano. Las fuentes disponibles en cada territorio del que fuese el Imperio Romano han determinado la siguiente diferenciación: el Oeste ha sido investigado en mayor medida por arqueólogos, fundamentalmente de tradición anglosajona, mientras que el Este, el caso griego en especial, ha sido el foco de atención de la mayoría de los historiadores (Erskine, 2010, p. 50).

Sin embargo, pese a las innovaciones del mundo académico, la visión de una Roma defensiva no ha sido completamente olvidada, pero sí matizada en muchos sentidos (Erskine, 2010, p. 37). De hecho, una de las nuevas tesis que se enfrentan a la visión de Harris pertenece a Arthur Eckstein (2006), heredero del análisis del mundo postsoviético (Erskine, 2010, p. 38), quien en su obra presenta un sistema de anarquía multipolar en el Mediterráneo antiguo que,

precisamente como consecuencia de la tendencia belicosa de todos los Estados, propiciaba la preocupación por la defensa y seguridad de cada pueblo.

El sustantivo *imperium* proviene del verbo *impero*, “mandar”, y sirvió para definir en latín la idea de autoridad que capacitaba al magistrado romano para dirigir tropas y aplicar la jurisdicción de Roma, otorgándole así la potestad suprema de acuerdo con la *lex curiata* (Díaz, 2015, pp. 34, 45-46). El *imperium* como ejercicio del poder de un magistrado es una idea dinámica y, por tanto, no sujeta a límites concretos; dichos límites se vincularon desde sus orígenes con el término de *prouincia* (Richardson, 2011, p. 61). La etimología de esta última palabra despertó un vivo debate ya desde la Antigüedad, pero la mayoría de los autores contemporáneos están de acuerdo en hablar de la evolución del término a lo largo del desarrollo de la República (Díaz, 2015, pp. 32, 35). La complejidad existente en la correcta comprensión del proceso de provincialización de un territorio, según el cual una determinada región pasaba convertirse en un territorio anexo a Roma (Díaz, 2015, p. 52), hace muy difícil llegar a una conclusión entre historiadores sobre el vínculo entre:

- a) La decisión de establecer una *prouincia* en un destino concreto.
- b) La constitución de una *prouincia*, un desarrollo que abarcaría varias fases, como por ejemplo serían la necesidad de una comisión senatorial que participase del proceso y la aplicación de la jurisdicción romana a las comunidades indígenas, dando lugar a una amplia variedad de situaciones jurídicas.

Las primeras citas de esta palabra pueden encontrarse en autores como Plauto (*St.* 609-699) y Terencio (*Heau.* 516), donde *prouincia* es entendida en tono satírico como un “trabajo” o una “tarea” de la que deben encargarse los esclavos (Díaz, 2015, pp. 36, 45). En su nacimiento, durante la etapa de la República, la *prouincia* hacía referencia a las competencias, tareas o misiones que un magistrado, ya fuese pretor o cónsul, debía hacer frente en un determinado contexto (Díaz, 2015, pp. 15, 34-36, 45). El continuo crecimiento de Roma como Imperio provocó que el concepto de *prouincia* ampliase sus límites semánticos al mismo tiempo que el Estado romano ampliaba sus territorios conquistados, de manera que *prouincia* acabó designando no sólo la esfera de competencias de un magistrado, sino también al propio territorio al que afectaban tales competencias (Díaz, 2015, pp. 15-16, 49). Sin embargo, esto no implica que durante en el siglo I a.C. este término hubiese mutado completamente su significado, sino que todavía se conservan referencias con la acepción competencial del magistrado, como un pasaje en el que Cicerón (*Flacc.* 101) señala que su defendido, L. Valerio Flaco, había participado en *prouinciis grauissimis* en el sentido de “misiones militares” (Díaz, 2015, pp. 37-38). Otro ejemplo es la carta que envía a T. Pomponio Ático en el año 45 a.C. (Richardson,



2011, pp. 79-80), donde haciendo referencia a su falta de actividad dice: “Sed mihi solitudo et recessus prouincia est” (Cic. Att. 12.26.2).

En el ámbito cultural, el imperialismo romano como proceso de conquista de los pueblos que acabaron conformando el Imperio Romano se articuló en torno a la idea de *humanitas*, en un sentido similar al concepto de “civilización” que ya empleó Francis Haverfield a principios del siglo XX (Woolf, 1998, pp. 54-55). Este término se utilizó originariamente como sinónimo del concepto griego de *paideia*, estableciéndose una diferencia entre los hombres cultos, que habían sido educados dentro de la *humanitas*, y el resto de la población romana. Otra forma de entender la *humanitas* es vincularla con otros conceptos romanos, como *benevolentia*, *observantia*, *mansuetudo*, *facilitas*, *severitas*, *dignitas*, *gravitas*, *religio*, *fides* y *mores*; todas ellas ideas sobre las que se articuló la sociedad romana y a las que todo hombre podía aspirar como parte de su naturaleza (Jiménez, 2008, p. 25; Woolf, 1998, pp. 55-56, 58). Con el tiempo, la *humanitas* fue tomando más acepciones relacionadas no sólo con la formación cultural del ciudadano romano y el estudio de la oratoria, sino también con su capacidad de controlar el medio en el que vivía. Esto significaba la planificación del territorio, desde la construcción de ciudades con su entramado urbano y edificios públicos hasta la organización de los campos agrícolas y su cuidado (Jiménez, 2008, pp. 25-26). De esta manera, la formulación de la *humanitas* no solo englobaba a la cultura y conducta sobre la que se rigió la sociedad romana, sino que daba nombre a la capacidad de gobierno sobre otros y, con ello, a la legitimación del dominio romano sobre los pueblos conquistados (Woolf, 1998, p. 56). La *humanitas* encapsulaba todo aquello que suponía “ser romano”, lo cual enlaza el concepto con la configuración del poder y un modo de entender el mundo y la historia ligados al imperialismo romano (Woolf, 1998, pp. 54-55). Al mismo tiempo, la *humanitas* “was transformed into a characteristic of imperial civilization, opposed to a barbarism increasingly conceptualized as confined beyond the moral frontiers of the empire” (Woolf, 1998, p. 60). De acuerdo con Alicia Jiménez (2008, p. 19), el concepto de *humanitas* se basaba en un discurso colonialista que asentaba su principal argumento en la alteridad entre “civilización” y “barbarie”, lo que daba lugar a imágenes diversas de los pueblos conquistados, las cuales no coincidirían necesariamente con la percepción que dichos pueblos tuvieron de sí mismos. De hecho, esta mentalidad situaba a Roma en el centro absoluto de un sistema jerárquico que conforme se alejaba del mismo hacia la periferia se encontraba con las posesiones coloniales que tenían un menor grado civilizatorio (Hingley, 2009, pp. 56-57) y, por ende, cada vez más desviados de la *humanitas* romana.

## **2. EL DESARROLLO DEL IMPERIALISMO ROMANO EN LA REPÚBLICA TARDÍA DE E. BADIAN**

El historiador estadounidense Ernst Badian (1968, p. 1) entendió el “imperialismo” como la extensión del poder de un grupo humano sobre otros, un deseo que puede encontrarse en cualquier organización social. Por tanto, Badian describe el “imperialismo” en términos de poder y victoria sobre otro grupo, siendo una pretensión inherente a la raza humana. El historiador señala que el *ius fetiale* fijaba la necesidad de una causa justa para permitir el inicio de una guerra con la bendición de los dioses, pero con el tiempo este acabó convirtiéndose en un mero ritual vacío de contenido. En su lugar, el establecimiento de pactos con otros Estados permitió a Roma intervenir en los territorios aliados para su defensa, garantizando así el cumplimiento del tratado (Badian, 1968, p. 11).

Tomando como ejemplo la situación del Imperio Romano en la zona Este, con especial énfasis en la región griega, Badian (1968, pp. 2-4) considera que la oligarquía romana pensó que la fortaleza del Estado romano quedaba expuesta y, al mismo tiempo, demostrada en las resoluciones que tomaba frente a las amenazas externas. De este modo, el historiador indica que si bien Roma no tuvo intenciones de anexar nuevos territorios hasta el siglo III a.C., ello no significaba la no-intervención de Roma en los asuntos de Estado de otros pueblos de su entorno más inmediato. A finales de dicho siglo, el objetivo de Roma en el Egeo fue perpetuar las intrigas y tensiones entre comunidades para evitar así la aparición de un poder fuerte que supusiese una amenaza (Badian, 1968, p. 4). Además, cabe señalar que, desde el periodo helenístico, los reinos del Mediterráneo Oriental habían alcanzado una política basada en el equilibrio de poder y la cooperación entre Estados, una situación que Badian (1968, pp. 5, 10) compara con la previa a la I Guerra Mundial. El historiador habla así de un “imperialismo hegemónico” que inicialmente aceptó la existencia de otros poderes iguales a Roma, como pudieron ser los cartagineses con los que firmaron pactos, pero también Filipo V de Macedonia y Antíoco III del Imperio Seléucida. Se trata de pueblos que podían equipararse culturalmente a Roma o incluso ser superiores a ella desde la propia perspectiva romana. La mentalidad de Roma acabó insertándose en la tradición griega cuando adoptó su idea de “civilización” y desarrolló su propia cultura e identidad a partir del influjo del helenismo (Badian, 1968, pp. 6-7, 11), lo cual se vincula con la idea de la *humanitas* romana.

Frente a este imperialismo “hegemónico” en la zona Este del Imperio Romano, Badian (1968, pp. 4-5) contrapone un imperialismo “territorial” para la región occidental. El historiador diferencia las dos áreas de acción de Roma en función de su situación cultural, tomando como referencia siempre a Grecia, a la que observa cómo la región civilizada y, por ende, merecedora de un trato diferente. El Mediterráneo Occidental es contemplado en las palabras de Badian como un lugar poblado de bárbaros que, como consecuencia en la mentalidad romana, no

merecían el mismo trato. Siguiendo las ideas de Schulten, según Badian (1968, p. 10) la actuación de Roma en la Península Ibérica es un ejemplo de este imperialismo mucho más agresivo y violento, prácticamente sin paralelismos en la Historia de Roma. Las misiones en tanto que esferas de acción de estos magistrados (generalmente pretores y cónsules) en el ejercicio de su *imperium*, recibían el nombre de *prouincia*, las cuales tuvieron lugar en territorios que fueron sometidos a lo que puede considerarse como un “permanente estado de sitio” (Badian, 1968, pp. 7-9). Se trata de un concepto “wide and elastic, to ensure that the commander would be able to do his legitimate task without restriction” (Badian, 1968, p. 23). De esta manera, el historiador apunta cómo el término *prouincia* no tuvo carácter territorial en un primer momento, pues Roma no buscó anexionar nuevos territorios en sus primeras intervenciones en el Mediterráneo. El nombre que se asignaba a una *prouincia*, como por ejemplo las de *Sicilia*, *Africa* y *Asia*, era previo a la anexión a Roma y en extensión territorial no se correspondieron en un primer momento con aquella que alcanzarían tras el paso de los años (Badian, 1968, p. 23). Con ello, el Estado romano tampoco necesitó organizar un sistema administrativo de las tierras que Roma había conquistado; en su lugar, se limitó a firmar tratados con los pueblos vencidos a los que exigía su subordinación (Badian, 1968, pp. 7, 21).

En cualquiera de ambos casos, Badian (1968, p. 11) insiste en una visión del imperialismo romano basada en la consecución del poder hegemónico en una zona cada vez más amplia, enfatizando que se trataba de una aspiración inmanente a las raíces romanas.

Por otra parte, dentro del marco del imperialismo, Badian (1968, p. 12) fija su atención en unos actores en concreto: la aristocracia romana. La *plebs* queda al margen en su teoría, excepto en aquellos momentos en los que su enfrentamiento con la oligarquía provocó verdaderos cambios políticos, fundamentalmente desde el tiempo de los Graco hasta finales de la República (Badian, 1968, p. 76). El historiador asigna a la aristocracia dos rasgos fundamentales que rigieron a la sociedad romana en su conjunto: *genus* (vinculado con el linaje de personajes distinguidos) y *virtus* (ligada con el mérito militar y, posteriormente, relacionada con la filosofía griega) (Badian, 1968, p. 12). Con ello el historiador conecta ambos atributos con la clase dirigente de Roma, es decir, con el poder. De este modo, podría hablarse de una “*virtus* pública”, que se plasmaría en el hombre que “having the deeds of great ancestors as a model, administered the state in war and peace to its greatest advantage” (Badian, 1968, p. 12). El ejercicio de la *virtus* permitía una mayor *dignitas*, dentro de una competición por el prestigio que podía adquirirse a través de cargos públicos y victorias en la guerra, como demuestran los “triunfos” (Badian, 1968, p. 13). Así, las guerras frente a otros pueblos, entendidas como la aspiración de lograr la hegemonía en su entorno de acción, permitía a los aristócratas romanos obtener una mayor *dignitas*. De esta manera, desde la primera página de su obra se hace evidente el marcado interés del historiador en la oligarquía romana, a la que considera el motor

de la Historia de Roma o, en otras palabras, su principal actor, tal y como afirma en las últimas líneas del libro:

“The study of the Roman Republic – and that of the Empire to a considerable degree – is basically the study, not of its economic development, or of its masses, or even the great individuals: it is chiefly the study of its ruling class” (Badian, 1968, p. 92).

Según explica Badian (1968, p.8), a lo largo de la República, la oligarquía romana intentó mantener un equilibrio de poder en el que ningún miembro podía sobresalir por encima de los demás debido a su prestigio. De no ser así, este individuo (o individuos) se convertían en una amenaza para el sistema político romano. Este fue el caso de los Escipiones, cuyo poder sirvió de ejemplo para vigilar y, en la medida de lo posible, evitar a los grandes comandantes fuera de Roma. El historiador señala, además, que estos generales, como poseedores del *imperium*, eran fácilmente corruptibles, en tanto que la lejanía respecto a Roma les permitía gran libertad de movimientos (Badian, 1968, p. 9). Así es como el Senado en el año 149 a.C., tras las quejas desde las provincias hispanas se vio obligado a instalar una *quaestio repetundarum* de forma permanente para inspeccionar las tareas de los magistrados.

En ese sentido puede comprenderse la importancia que Badian (1968, pp. 14-15) otorga a las clientelas en el mundo romano, una relación creada por Rómulo y codificada por Justiniano (Badian, 1958, p. 1) con las que explica el desarrollo de la *Urbs*. Los ciudadanos romanos de la aristocracia estaban en disposición de conceder *beneficia* a otras personas situadas en una posición socioeconómica inferior, las cuales quedaban obligadas a cumplir las demandas de sus patronos cuando estos lo exigiesen. Esta situación era conocida por los romanos como *in fide alicuius esse* (Badian, 1958, p. 1). Según Badian, gracias a la perpetuación de los lazos clientelares, la oligarquía romana se mantuvo en el poder durante la República durante varios siglos, siempre en el contexto de un poder limitado y repartido entre todos sus miembros. Ello significaba que los oligarcas estaban obligados a competir por lograr una porción de ese poder a través del ejercicio de magistraturas y la obtención de prestigio mediante diversos miembros, como era el establecimiento de lazos clientelares (Badian, 1968, p. 14). Este tipo de relaciones comenzaron en la ciudad de Roma, pero salieron de la ciudad conforme las actuaciones militares romanas se iban alejando de la *Urbs*. Los oligarcas romanos establecieron lazos clientelares no sólo con itálicos, sino también con pueblos de otras provincias, ciudades libres y monarcas vecinos (Badian, 1968, p. 14). Sin embargo, no hay ninguna evidencia de tratados de este tipo firmados con jefes de otras comunidades. El historiador habla del caso de Gades como ejemplo de actuación con ciudades fenicias y probablemente con otras ciudades hispanas; su estatus era una situación intermedia entre *ciuitas libera* y *ciuitas foederata* (Badian, 1958, pp. 118-119).

Badian (1958, pp. 11, 152, 154-155) habla de varias clases de clientela, las cuales tenían en común su cualidad asimétrica, de modo que, en el ámbito de la política internacional, el *populus Romanus* siempre aparecía como la parte superior, de modo que era quien establecía los deberes u *officia* de la otra comunidad para con ella, a cambio de otorgarle ciertos *beneficia*. El historiador habla de cuatro formas de establecer esta relación clientelar (Badian, 1958, pp. 2-8):

1. *Manumisión*. Se trataría de la forma más común de convertirse en cliente, pues el patrón como poseedor de la *potestas* del esclavo manumitido conservaba ciertos derechos sobre el nuevo liberto, como la *tutela* y las *operae munera dona*, junto con el *obsequium* y la *reuerentia*.
2. *Herencia*. Partiendo de la situación anterior, los hijos del liberto conservaban la relación clientelar de su padre con el patrón.
3. *Deditio*. Badian (1958, pp. 4-6) indica que en el contexto del imperialismo romano, esta se trataría de la forma más relevante de convertirse en cliente, pues tiene lugar tras una derrota militar. La *deditio* era una derrota incondicional se producía tras la aceptación de una rendición de acuerdo con unas normas establecidas, si bien no se trataba en ningún caso de la firma de un tratado, ya que otorgaba plenos poderes a Roma sobre los vencidos. El estado *in fide* de un pueblo rendido era generalmente una situación temporal, pues luego Roma decidía qué hacer con esa comunidad. En ese momento posterior podían establecerse lazos clientelares, aunque esta fue una coyuntura usual en el siglo II a.C., el historiador señala que no hay ninguna mención al término “clientela” en los documentos oficiales “due to a desire to spare their feelings – for cliens usually implies inferiority” (Badian, 1958, p. 7), pero se podía hablar en ocasiones de *amicus*, un término más educado.
4. *Applicatio*. Es una forma de mantener una relación clientelar de la que no hay demasiada información, pero siguiendo al historiador alemán Mommsen, puede entenderse como una “forma de manumisión” para las comunidades latinas que otorgaba completos poderes al patrón, aunque no podía ejercerlos sobre hombres libres, ni ingenuos ni libertos.

Llama la atención cómo Badian asienta su teoría imperialista en las relaciones clientelares, cimentadas en una “obedience of the weak to the strong [which] was, to the Roman aristocrat, nothing less than an *eternal moral law*” (Badian, 1968, p. 15). De hecho, el historiador insiste en esta relación moral y totalmente extra-legal para explicar la política de Roma a lo largo de la República y aun en época imperial, cuya base se halla en la *fides* y se sanciona por el *mos maiorum* y las relaciones de poder, de forma que el cliente no tendría

permiso para realizar ninguna demanda de acuerdo con la Ley romana (Badian, 1958, pp. 11, 159). De este modo, esta tesis se basa en los siguientes puntos:

“The legal element [which] may or may not be the sort of *potestas* the patron has over his freedman or the victorious general over the surrender enemy. There is no reason, *a priori* or in the light of evidence, why we should expect all these different situations to produce identical results. In fact, *clientela* is not (in origin or in development) a simple relationship, but all historical times a name for a bundle of relationships united by the element of a permanent (or at least long-term) *fides*, to which corresponds the *officium* of the client who receives its *beneficia*” (Badian, 1958, p. 10).

Un ejemplo serían los tratados acordados por Escipión con las comunidades hispanas, en concreto con los jefes de estas tribus, a quienes intentó impresionar (Badian, 1958, p. 117). Estos pactos no fueron respetados por los nativos una vez el comandante regresó a Roma. Además, hay que tener en cuenta que los jefes hispanos habían permitido este tipo de pactos con Roma sólo para conseguir su ayuda frente a los cartagineses; eliminado el problema, no era necesario mantener esa alianza con Roma y consentir la presencia militar romana en Hispania (Badian, 1958, p. 119). Badian (1958, p. 152) explica que la situación pactada era interpretada por la parte más fuerte, de modo que las partes esperaban ver cumplidos una serie de deberes a cambio de *beneficia*. Se trata de una relación clientelar en la que las tribus hispanas debían *officia* al pueblo de Roma por aquellos favores recibidos (Badian, 1958, pp. 154-155, 159-160). El historiador se basa en un texto de Cicerón (*Off.* 1.35) en el que se explica la costumbre de cómo el pueblo derrotado pasaba a convertirse en el cliente del general, que actuaba como patrón en representación del pueblo romano. De este modo, el vencido establecía una relación *in fidem* con el pueblo de Roma (Badian, 1958, pp. 156-157). Lo mismo sucedió en el otro extremo del Mediterráneo, donde ya existía la relación de *proxenia*, un término griego que hace referencia al vínculo que solía establecerse entre las ciudades griegas para hacer honor a los reyes orientales (Badian, 1958, p. 158). El objetivo de estos patrones era hacer oír a estas ciudades en Roma, así como protegerlas de cuestiones relacionadas con la extorsión y la opresión (Badian, 1958, pp. 160-161). Mientras, los patronos veían aumentada su reputación y prestigio en Roma, lo que aumentaba sus posibilidades de mejorar su *cursus honorum* (Badian, 1958, p. 163). La clientela cimentaba sus bases en la *dignitas* del patrón romano y en la *invidia* que generaba en otros su propio poder (Badian, 1958, pp. 167-168). Serían estos lazos clientelares los que explicarían la adopción de nombres de los nuevos ciudadanos romanos (miembros de estas tribus), ya que tomaron el mismo *cognomen* que tenían sus patronos, un mecanismo similar a la manumisión de esclavos. Para Badian (1958, pp. 255-257, 262) este sería un ejemplo de romanización de una comunidad indígena, ya que sería una forma de impresionar tanto a sus conciudadanos como a los ciudadanos de la Península Itálica, así como

de demostrar la lealtad hacia el patrón y a la propia Roma. Según esta teoría, el imperialismo romano en las provincias se sustentaba en factores personales y no estrictamente políticos que superaron el ámbito privado (Badian, 1958, p. 289).

De esta forma, se observa cómo la teoría de Badian se basa en cuestiones de carácter sociocultural, un espacio en el que la economía queda relegada a un segundo plano. Para el autor el énfasis dado a los motivos económicos ha servido para cometer errores interpretativos e, incluso, decisiones políticas equivocadas (Badian, 1968, p. 17). De hecho, indica que las explicaciones de la política exterior romana basadas en la economía son consecuencia de anacronismos modernos (Badian, 1968, p. 20). Para sustentar esta idea, Badian (1968, p. 21) apunta hacia el escaso interés que tuvo Roma en implantar una organización administrativa en los territorios conquistados, insistiendo nuevamente en la preferencia por la subordinación de ciudades libres y otros pueblos mediante tratados. En la mayoría de los casos, Roma no anexó territorios y, por ende, no quiso explotar estas tierras, pero aquellos que sí incorporó no fueron aprovechados económicamente, como se ve en África, cuyas tierras entregó a las ciudades aliadas que permanecieron libres. Hasta finales del siglo II a.C. Badian (1968, p. 60) no aprecia una explotación sistemática de los territorios conquistados ordenada por el Senado. En cambio, sí apunta que el comercio orquestado por romanos e italianos alcanzó un gran desarrollo a mediados de la República, así como que algunos miembros de la oligarquía romana obtuvieron grandes beneficios económicos de las provincias, tanto de forma legal como ilícita, siendo las minas macedonias un claro ejemplo de ello (Badian, 1968, p. 60). De hecho, el historiador considera que la incorporación de Asia supuso una transformación fundamental en el Imperio Romano, en tanto que implicó la explotación sistemática de las minas de oro de la región (Badian, 1968, pp. 46-48). Pese a ello, el “imperialism in its economic aspect is still very restrained, in comparison with the size of the empire and the extent of Roman power and influence” (Badian, 1968, p. 60). Por este motivo, el único punto que remarca el historiador es el estilo de vida de la clase gobernante, pues solo quienes gozaron de un poder adquisitivo mayor pudieron intervenir en cuestiones políticas y militares de la vida pública de Roma (Badian, 1968, p. 16). De esta manera, cuando la ciudadanía romana se extendió a la Península Itálica, la clase superior en Roma sufrió importantes variaciones con la incorporación de itálicos en su seno, especialmente en el *ordo* ecuestre (Badian, 1968, pp. 61, 69). Tras el *Bellum Sociale* cambió la naturaleza del imperialismo romano, ya que adquirió un marcado carácter expansionista y empezó la explotación consciente de los territorios conquistados e incluso de aquello fuera de sus límites (Badian, 1968, p. 70).

### **3. LA BÚSQUEDA DE LA HEGEMONÍA FRENTE A LA NECESIDAD DEFENSIVA EN P. VEYNE**

En su artículo “Y a-t-il eu Impérialisme Romain?” (1975), el historiador francés Paul Veyne se propone demostrar cómo Roma casi nunca tuvo intenciones imperialistas en el transcurso de sus conquistas, si bien señala la excepción a esta afirmación, como fue la Segunda Guerra Macedónica, así como realiza continuas referencias al imperialismo ateniense y la situación de poderes en la Grecia Clásica para comparar el panorama de época romana (Veyne, 1975, p. 793).

Veyne (1975, pp. 793-795) comprende el imperialismo en el sentido de ejercer el poder hegemónico dentro del marco explicativo planteado por Tucídides, es decir, la dominación por la fuerza. No se trata de un poder basado en la acumulación territorial, para lo que señala el ejemplo de Esparta, que nunca hizo tantas conquistas como Atenas y Roma en su historia, pero sí ejerció la hegemonía en Grecia en un determinado momento. Por tanto, poder y conquista territorial no son las dos caras de la misma moneda, sino que el ejercicio del poder puede darse en sí mismo. Además, Veyne (1975, p. 798) señala que la naturaleza de un Estado y sus cuerpos políticos no sigue una tendencia a engrandecerse en términos territoriales, sino que es totalmente indeterminada, pero siempre hará frente a los deseos de sus vecinos. Sin embargo, el historiador francés también señala que los imperios, cualquiera de ellos, no perderían la ocasión de ampliar sus fronteras, pues de ello depende su propia supervivencia (Veyne, 1975, p. 802).

Por otra parte, Veyne (1975, pp. 794, 326) asume en el texto que la oligarquía romana, entendida como el grupo dirigente, acabó acostumbrándose a una rutina basada en la “solidaridad de casta” que rige la vida de la ciudad de Roma. En ese sentido, la conquista de territorios fue llevada a cabo por una entidad colectiva, el Senado, controlado por la oligarquía romana. Además, el historiador francés indica que el Senado no siguió unos fines concretos, sino que se limitó a hacer su trabajo en un contexto marcado por la dinámica militarista desde tiempos arcaicos, en la que todas las comunidades desarrollaron sus componentes bélicos para hacer frente a sus vecinos. Después, esta forma de actuación acabó por convertirse en hábito, siguiendo el Senado esta inercia a lo largo de toda la República (Veyne, 1975, pp. 805, 808). Así, Roma no siguió ningún plan premeditado para la consecución de un gran Imperio como el que finalmente obtuvo, sino que el Senado actuó siempre de acuerdo con el *mos maiorum* y firmó distintos acuerdos con las comunidades derrotadas en función de las circunstancias del momento (Veyne, 1975, p. 817). Esta institución era la que controló al ejército de Roma y, en definitiva, todas las magistraturas de la ciudad (Veyne, 1975, pp. 308, 324). Este imperialismo fue sostenido de forma colectiva por el pueblo romano, lo que explica la larga duración del Imperio Romano, ya que Roma fue capaz de crear el concepto abstracto de “patriotismo”



basando en el amor hacia una entidad superior, como sería el Estado. Las palabras del poeta Virgilio sobre Roma como una patria eterna cuyo imperio era el sentido y la finalidad de la Historia dan prueba de esta idea, una forma de entender a su ciudad que nunca se había visto en el mundo griego (Veyne, 1975, pp. 805-808). En este entorno, el historiador francés explica la “solidaridad de casta” apelando al respeto hacia la anualidad de las magistraturas romanas; de este modo cada miembro de la oligarquía tuvo su turno en el poder (Veyne, 1975, p. 814). Roma no debe entenderse como un Estado único, sino que “elle est partagée entre plusieurs souverains annuels; la multiplicité de ces instances de decisión multiplie les occasions de conflit et les conquêtes, cependant que la brièveté des pouvoirs pousse à l’extrémisme” (Veyne, 1975, p. 823).

Llama la atención el razonamiento que sigue Veyne (1975, p. 809) para explicar por qué Roma no pudo anexionar territorios en tiempos republicanos: no tuvo ningún rey, sino que era una ciudad con todas sus magistraturas marchando a la guerra. Se trata, por tanto, de un imperialismo basado en la hegemonía ejercida desde una posición informal que sólo con el paso de los siglos dio lugar a un imperio de carácter territorial. El caso de Grecia es paradigmático para Veyne (1975, pp. 810, 822), ya que Roma únicamente ejerció una hegemonía fiduciaria. Grecia no se convirtió en una provincia romana, ni fue su aliado (con la excepción de Acaya), así como tampoco Roma dejó tropas o gobernadores en estas tierras o exigió algún tipo de tributo. Las ciudades griegas fueron siempre soberanas, pero decidieron resolver las disputas entre ellas acudiendo al Senado romano. La política exterior de Grecia estaba orquestada por el Senado romano (Veyne, 1975, p. 811). De hecho, sería ese carácter informal el que conduciría a la destrucción de Cartago en el 146 a.C. Según Veyne (1975, pp. 811-812), el miedo a que los reinos nómadas volviesen a ser fieles a los cartagineses provocó una actuación drástica de Roma reflejo de esa ansiedad: declarar enemigo absoluto a Cartago y acabar con ella. Para el historiador francés, desde esta fecha Roma empezó a plantearse la reorganización administrativa del Imperio, viendo la necesidad de dejar gobernadores en cada *prouincia*, lo cual no fue capaz de desarrollar hasta el gobierno de Augusto (Veyne, 1975, pp. 813-814).

El imperialismo romano presenta varias etapas diferenciadas por los cambios de mentalidad colectiva. Tomando como referencia a Polibio (I, 6), Veyne (1975, p. 803) explica que una vez Roma inició la conquista de la Península Itálica, quedó inoculado el deseo imperialista de la conquista de nuevos territorios a los que consideraron su posesión por derecho propio. El segundo momento vino dado con las Guerras Púnicas, pues fueron guerras a las que Veyne (1975, pp. 803-804, 824) considera defensivas y permitió entender a los romanos que no sólo habían conquistado África, sino se habían asegurado el dominio absoluto de los pueblos conocidos, siguiendo de nuevo el texto de Polibio (XV, 9-10).

Veyne (1975, p. 794) analiza dos momentos históricos para explicar el imperialismo romano: se trata de dos guerras, la Primera Guerra Púnica y la Segunda Guerra Macedónica. El primero de los ejemplos sirve al autor para mostrar a Roma no como un agente destructor e interesando en la anexión territorial, sino como una ciudad con necesidad de defenderse ante sus enemigos púnicos. De esta manera, aunque Roma ya había asegurado su área de seguridad con la conquista de la Península Itálica, la presencia de los cartagineses en Sicilia motivó a los romanos a ampliar esa zona. Absorber a los otros pueblos de su entorno era la mejor opción que encontró Roma para sobrevivir en un mundo que consideraba amenazante (Veyne, 1975, pp. 852-853). En cambio, la Segunda Guerra Macedónica se torna un caso más complejo, ya que Veyne (1975, p. 804) considera que el conflicto permitió a Grecia conseguir su libertad e introdujo por primera vez a Roma en las dinámicas de los reinos helenísticos, ya que hasta entonces se había mantenido aislada de los problemas de Oriente.

Paul Veyne (1975, pp. 794-795) defiende un imperialismo defensivo en el que Roma nunca actuó como una potencia propiamente imperialista, en el sentido de buscar la hegemonía sobre el resto de sus vecinos mediterráneos de forma intencionada. Para ello, Veyne insiste en la principal forma de dominio que Roma aplicó sobre los pueblos vencidos fue la de privarles de su propia regulación jurídica, es decir, la fórmula de la *deditio*. De este modo, Roma no buscó la anexión del territorio en un primer momento, sino rechazar la libertad de toma de decisiones de forma unilateral; el pueblo derrotado desde ese momento pasaba a establecer relaciones bilaterales única y exclusivamente con Roma. Ninguna ciudad o reino que hubiese sido vencido por Roma, especialmente tras la Segunda Guerra Macedónica, podía realizar ninguna acción exterior sin el permiso de Roma (Veyne, 1975, p. 842). Este es el motivo por el que Veyne (1975, p. 820) dice que Roma nunca tuvo amigos o verdadera preocupación por otros Estados vecinos, sino que se limitó a establecer relaciones políticas con determinadas comunidades a las que consideró “aliadas”. Detrás de cada tratado firmado se escondía una relación de poder asimétrica en la que Roma siempre fue la parte dominante y el vencido su vasallo, de forma que este último debe siempre asumir los deberes impuestos por Roma adoptando los valores derivados de la *fides* y el *patrocinium*. De hecho, impuso sus propias condiciones en estos tratados relacionadas con el servicio militar, pues debían proporcionar un número determinado de soldados o barcos de guerra, involucrando así a estas comunidades en guerras ajenas (Veyne, 1975, p. 847)

En este contexto, el concepto de *prouincia* hacía referencia originariamente a la misión encomendada a un magistrado por el tiempo de un año en el que ostentaba el cargo (Veyne, 1975, p. 814). En el ámbito territorial, la *prouincia* acabó convirtiéndose en un residuo de las ciudades o tribus indígenas que habían logrado cierto estatus jurídico, bien como ciudades libres y federadas o bien como ciudades latinas, colonias o municipios. Sin embargo, durante la

República Roma no reformó su sistema administrativo, sino que adaptó las instituciones preexistentes a las necesidades del Imperio que estaba creando (Veyne, 1975, p. 817).

En resumen, según Paul Veyne (1975, p. 795):

“Le peuple romain n’a presque jamais été conquérant: il veut soumettre tout le monde pour n’avoir plus à tenir compte d’autrui, pour se trouver seul au monde [...], car il cherche la sécurité, or il conçoit celle-ci comme un idéal de sécurité définitive, et non pas comme cette sécurité provisoire qui est la seule dont on puisse jouir quand on n’est pas seul à être et qu’on a autour de soi ses semblances: ceux-ci sont une menace ou du moins une gêne, on doit tenir compte de leur existence et les actions unilatérales son impossibles”.

De este modo, resulta inútil hablar de “imperialismo romano”, en tanto que no presenta deseos hegemónicos frente a otros Estados o el deseo de demostrar su gloria y conquista de otros pueblos. En su lugar, Roma pretendió lograr una “hegemonía informal”, basada en la creación de una suerte de “protectorados” sobre otras comunidades para evitar la pérdida de su propia soberanía. La escalada de agresividad que vivió Roma en términos militares puede explicarse como consecuencia de la ambición de ciertas personalidades, pero no por el deseo del Estado romano a lograr cada vez mayores dosis de poder (Veyne, 1975, p. 804).

Veyne (1975, p. 855) acaba su artículo planteándose algunas preguntas a raíz de la lectura de Polibio, considerado un griego “colaborador” de Roma, como las siguientes: ¿cómo pudo Roma acabar legitimando su propia hegemonía? ¿Cómo acabó esta hegemonía integrando a tantas otras comunidades? Para el historiador francés, estos problemas tan importantes aparecen respondidos en los textos de Polibio y dan forma a su teoría, explicada en las páginas previas.

#### **4. GUERRA E IMPERIALISMO DE W. HARRIS**

A finales de los años setenta, el historiador británico William V. Harris (1979, p. 164) planteó una nueva teoría sobre el imperialismo romano basada en conocer los intereses reales de Roma, una reminiscencia a los objetivos que planteó Tucídides en su *Guerra del Peloponeso* (1.1). Es por ello por lo que no encontró las raíces del imperialismo romano en la Segunda Guerra Macedónica o en la Tercera Guerra Púnica en sí mismas, sino que era necesario investigar “the mentality and behaviour-patterns of the Romans who constructed the empire in the middle Republic” (Harris, 1979, p. 164). Además, tomó como referencia los textos filosóficos de Cicerón, especialmente el pasaje en el que se dice: *noster autem populus sociis defendendis*

*terrarum iam omnium potitus est* (Cic, *Rep.* III, 35). Contextualizar el texto es fundamental para comprender el mensaje que se transmite, ya que el personaje que habla, *C. Laelius*, estaba respondiendo a *L. Furius Philus* para demostrar que Roma actuaba siempre de acuerdo con la *iustitia* (Harris, 1979, p. 165). Sin embargo, Harris (1979, p. 167) también apreció que en otros fragmentos Cicerón (*Off.* 1.35) comentaba que Roma había llevado a cabo acciones bélicas con una simple declaración de guerra, omitiendo todo el procedimiento del *ius fetiale*. Pese a ello, Harris encontró el sentido general de las guerras en la obra *De officiis*, considerando que muchas de ellas se habían llevado a cabo por cuestiones relacionadas con el *honos* y la *dignitas*. De hecho, en un apartado Cicerón (*Off.* 2.26) dice: *bella aut pro sociis aut de imperio gerebantur [...] ex hac una re maximam laudem capere studebant, si provincias, si socio aequitate et fide defendissent*.

De esta forma, se observa cómo el historiador inglés centró toda su teoría en cuestiones bélicas, vinculadas al procedimiento necesario para llevar a cabo una guerra. Es por ello por lo que Harris (1979, p. 166) insistió en conocer el funcionamiento del *ius fetiale*, pues el ritual de la *rerum repetitio* era requisito previo a cualquier declaración de guerra que sirve para entender el imperialismo romano desde una perspectiva defensiva. Así también lo estableció Fabio Píctor en el siglo III a.C., señalando en su obra que Roma actuó siempre en defensa propia y en la de sus aliados (Harris, 1979, pp. 169, 171-172, 179, 186). En un primer momento, Roma debía asegurarse de conseguir el favor de los dioses, ya que iba a enfrentarse con sus propios vecinos, quienes tenían idénticas divinidades a las romanas. Los dioses como *iudices* serían quienes decidirían la victoria; el éxito de Roma en la batalla demostraba que los dioses estaban de su lado y, a la vez, que la guerra había sido un *bellum iustum* (Harris, 1979, pp. 170, 173). Así, era fundamental para los romanos encontrar un pretexto que justificase la guerra, el cual estaba relacionado con la autodefensa y mostraba a Roma como un pueblo benevolente y virtuoso frente a otros Estados (Harris, 1979, pp. 172-173).

Pese a ello, Harris señaló que los feciales dejaron de cumplir su función (visitar al enemigo *ad res repetendas*) en torno al 281 a.C., cuando fueron sustituidos por los *legati* senatoriales debido a la lejanía de los nuevos escenarios bélicos. De hecho, únicamente se seguirían los pasos del *ius fetiale* para declarar la guerra a Cartago, Filipo V (aunque los feciales decidieron no entregarle la declaración en persona) y Perseo, para desaparecer por completo tras el 171 a.C. hasta los tiempos de Octaviano (Harris, 1979, pp. 166-168). Por tanto, en los propios textos clásicos Harris (1978, pp. 178-179) observó que los romanos no practicaron un imperialismo basado en la autodefensa, en tanto que la mayoría de sus campañas militares tuvieron lugar fuera del territorio romano, como señala para el caso de la Tercera Guerra Samnita (298-290 a.C.) y las Guerras Etruscas (311-308, 302-292, 284-280 a.C.). Roma conquistó la Península Itálica tras varias campañas militares llevadas a cabo anualmente de

forma casi ininterrumpida, es decir, existió cierta regularidad en los conflictos bélicos. Esta situación sólo pudo ser sostenible si la sociedad romana encontraba algún tipo de ventaja en ella, tanto patricios como plebeyos. La ambición personal de los cónsules promovió los argumentos favorables a las guerras durante las *contiones* (Harris, 1979, pp. 180, 184-185). La sucesión de guerras prácticamente anuales frente a uno u otro enemigo, siempre sustentadas en algún tipo de justificación previa, se mantuvo no sólo en los siglos IV y III a.C., sino que continuó a lo largo de los siglos II y I a.C., ya bien avanzada la República (Harris, 1979, p. 254). Esta dinámica de guerras continuas era previa al control que Roma implantó sobre sus aliados itálicos. Si bien Harris (1982, p. 92) no puede dar una fecha exacta de cuándo se implantó este hábito, considera que los romanos ya estaban empleando las fuerzas derivadas de su alianza con los itálicos desde la guerra contra Pirro.

Con todo ello, Harris (1979, pp. 183-184, 192, 222) desestimó el imperialismo defensivo que promulgaban las fuentes clásicas (las cuales asumían que la actitud romana fue esencialmente pacífica) y se centró en demostrar la agresividad militar de Roma en las guerras llevadas a cabo no sólo en la Península Itálica, sino en el Mediterráneo. Para ello, el historiador analizó las relaciones exteriores de Roma, especialmente los hechos desencadenados tras la invasión de Italia por Pirro: actualización del tratado con Cartago para luchar, probablemente en Sicilia, contra Pirro. Eliminado el rey epirota (275 a.C.), la tensión entre Cartago y Roma fue haciéndose más evidente, en tanto que las colonias de *Paestum* y *Cosa* (273 a.C.) pueden entenderse como puntos fuertes que darían ventaja a Roma en caso de conflicto. Lo mismo sucede con el tratado entre Ptolomeo II Filadelfo y Roma, ya que provocó que Egipto negase el préstamo de 2000 talentos a Cartago. Además, en el 267 a.C. Roma situó una flota tripulada por *duumviri navales* frente a Salento, lo cual puede interpretarse como una forma de entrenamiento en mar por parte de un Estado cuyas expediciones navales habían sido mínimas hasta la fecha.

Por tanto, el historiador británico defiende en esta teoría que fue el factor militar romano el que condujo al imperialismo agresivo, pues dicho factor hundía sus raíces en la mentalidad romana, tal y como lo había descrito Polibio (Harris, 1979, pp. 185, 187). Las Guerras Púnicas se presentaron como “guerras preventivas” desde la perspectiva romana, consecuencia de: (1) la ansiedad ante el poder expansionista de Cartago (Polyb. 1.10.5-9), una idea derivada de los textos de Fabio Píctor, y (2) el propio deseo romano de aumentar su poder en el Mediterráneo (Polyb. I, 6.3). Harris (1979, pp. 189-190) señala el año 264 a.C. como un punto de inflexión en el que se fijó el comportamiento de Roma en política exterior en los siguientes años. El Estado romano aceptó a los mamertinos en una alianza sabiendo que mejoraba su situación frente a una posible guerra contra Cartago, pues el ataque a cualquiera de sus aliados servía de justificación para tomar las armas.

De esta manera, Roma fue siempre una potencia agresiva que tuvo en su seno el deseo de expandir su poder en toda la Península Itálica primero y en el Mediterráneo después. El factor militar fue clave en ese sentido, ya que Roma se mantuvo casi de forma permanente en estado de guerra. Lo excepcional, por ende, fueron esos periodos de paz, como los dos años previos al sitio de Cerdeña, el cual acabó en el 231 a.C. y permitió el control de parte de Cerdeña por Roma. Además, en el 238 a.C. Roma había empezado ya a realizar campañas colonizadoras (Harris, 1979, pp. 192-193). Por tanto, a lo largo del siglo III a.C. “it was in general Rome that exerted the pressure on others” (Harris, 1979, p. 200). De hecho, la actuación de Roma en la Península Ibérica durante la Segunda Guerra Púnica (218-201 a.C.), apostando tropas por todo el territorio, y la invasión de África por Escipión el Africano demuestran que los objetivos de Roma iban más allá de la defensa de Italia y las islas (Harris, 1979, p. 204). Según el historiador inglés, los senadores romanos buscaron conquistar el territorio ibérico debido a las riquezas que poseía, lo cual no es sino otra muestra más de los deseos expansionistas, de gloria y poder que motivaron las guerras de Roma (Harris, 1979, pp. 205-209). Cabe mencionar que Harris (1979, pp. 209-210) prestó especial atención al caso hispano, apuntando cómo las fuentes clásicas, en particular Tito Livio (para los celtíberos: XXXIV, 10.1, 17.4, 19.1-7; para los lusitanos: XXXV, 1.5) muestran como responsables de la guerra a los propios hispanos, pese a que estos nunca invadieron Roma o sus territorios conquistados.

El componente beligerante de la sociedad romana provenía fundamentalmente de la aristocracia, lo cual se hizo más obvio en el siglo II a.C., cuando las guerras no sólo fueron consecuencia del mantenimiento del territorio conquistado, sino también del deseo de algunas personalidades concretas (Harris, 1979, p. 252). Las victorias militares no sólo aumentaban las riquezas, sino que era una forma de aumentar el prestigio personal y, en definitiva, era esta *virtus* lo que sostenía a la sociedad romana. Esta mentalidad diferenciaba a Roma de cualquier otra sociedad antigua, lo cual es la clave para entender su mayor belicosidad. Cabe indicar que, según el autor inglés, las expectativas generadas por el botín de guerra y la consecución de nuevas tierras aumentaron el apoyo de la ciudadanía romana a las campañas militares, ya que todas las clases sociales vieron la posibilidad de mejorar su situación económica (Harris, 1982, pp. 102-104). De hecho, algunos territorios, como Hispania o el Reino de Pérgamo eran considerados popularmente como fuentes de riqueza (Harris, 1982, p. 101). La explotación de los recursos de estos territorios fue uno de los principales motores del imperialismo romano de acuerdo con la teoría de Harris, quien incluso ofrece argumentos *ad hoc* para justificar cuando ello no sucedió inmediatamente. Enfatiza, por ejemplo, que las minas más rentables de Macedonia tan sólo dejaron de funcionar cuatro años tras la batalla de Pidna para ser explotadas de forma inmediata después, mientras que el resto de las minas de oro y plata fueron cerradas

por una década por el Senado (167 – 158 a.C.), el cual estaba enfrentado con los *publicani*, quienes hubiesen obtenido el beneficio directo de su rendimiento (Harris, 1982, pp. 73-74, 99).

Recientemente, Harris publicó un nuevo libro, *Roman Power, A thousand years of Empire* (2016) en el que realiza una actualización de su teoría sobre el imperialismo romano. Aunque su obra abarca la cronología completa de la época romana, en este apartado únicamente se hace referencia al desarrollo del imperialismo romano en el Periodo Republicano. Desde las primeras páginas Harris (2016, p. 17) insiste en mostrar el componente agresivo del Imperio Romano, haciendo uso de nuevo de las citas clásicas, como Polibio (10.15) cuando dijo que el objetivo de Escipión Africano cuando dio la orden de asesinar a toda persona que encontrasen en *Cartago Nova* no era otro que sembrar el terror entre los hispanos. Por otro lado, el historiador británico no tarda en señalar el vertiginoso crecimiento territorial de Roma entre el 400 y el 280 a.C., ya que expandió sus tierras hasta un 3000%. Todavía no controlaba todo el Mediterráneo, pero su imperio se cimentaba en las dinámicas del Mediterráneo y logró consolidarlo en el año 30 a.C. (Harris, 2016, p. 17).

Tras señalar brevemente la posición geográfica de Roma como factor ventajoso para iniciar la conquista del *Mare Nostrum*, Harris (2016, pp. 20-21, 304) se vuelca en el análisis de la élite romana como ingrediente principal para explicar la agresividad del imperialismo romano. Para ello apunta cómo la personalidad del aristócrata romano se basaba en el servicio militar y en el honor, vinculado este último con la *gloria* y el *laus*. De hecho, el *cursus honorum* no sería tal sin haber ostentado ciertos cargos tanto militares como civiles. Los triunfos que se celebraban en Roma dan fe del peso que tuvieron estas ideas en la sociedad romana, pues incluso estos quedaron grabados en inscripciones y ciertos personajes, como Escipión el Africano, tomaron su nombre como forma de conmemoración de sus conquistas militares. El *ethos* de la aristocracia romana condujo hacia una lucha por la gloria, *certamen gloriae* (Harris, 2016, p. 38). Así, la élite romana se encuentra dentro de un marco de competitividad militar que facilitó la necesidad de plantear una guerra de año tras año durante la República (con algunas excepciones), pero de forma segura desde el año 340 a.C. (Harris, 2016, p. 25). Además, Harris (2016, pp. 21, 49, 86-87) ahora también señala que esta dinámica era posible gracias a que las guerras proporcionaron esclavos suficientes como para sustentar la economía basada en la explotación agrícola. Asimismo, ello permitió la eliminación del *nexum* en el 313 a.C., el cual provocaba que un ciudadano romano perdiese esta condición como consecuencia de las deudas, convirtiéndose en objeto absoluto del deudor (Harris, 2016, pp. 40, 73). El sistema de la *manumissio* también hay que tenerlo presente, ya que la perspectiva de la liberación y la obtención de la ciudadanía romana alentaba el buen comportamiento de los esclavos (Harris, 2016, pp. 87, 98, 304).

Por otra parte, el historiador británico explica muy brevemente varias vías que Roma encontró para asegurar el control en los territorios conquistados en la Península Itálica (Harris, 2016, pp. 25-26, 304):

1. Confiscación de tierras en ciudades del Lacio (*Præneste, Tibur, Velitrae y Antium*), entregadas a ciudadanos romanos.
2. Colonización, tanto de tipo romano en la costa (pequeños asentamientos que funcionaron como guarniciones militares) y de tipo latino (de grandes dimensiones y con ciertos privilegios para sus habitantes, empezando estas en el 334 a.C. con *Cales* en la Campania).
3. Extensión de la ciudadanía romana a algunas ciudades del Lacio y Campania, con o sin *ius suffragii*, a las que Harris identifica como *municipia* y a las que otorga un peso clave en el aumento del poder militar disponible para Roma.

Además, Harris (2016, pp. 29-32, 60-64) sintetiza las técnicas desarrolladas por los romanos para mantener el control de pueblos y sus territorios en las provincias:

1. Establecimiento de tratados bilaterales a perpetuidad. Suponía la expropiación de tierras que pasaban al *ager publicus* y eran repartidas entre los vencedores, así como un sistema virtual de conscripción y, en ocasiones, una ruptura con los cultos locales previos.
2. El Senado asumía la jurisdicción de conflictos relacionados con política exterior, ya que controlaba los casos de traición, conspiración, envenenamiento y asesinato.
3. Colaboración de las élites locales con el poder romano. Si bien todavía en la República Tardía y en tiempos de Augusto las revueltas continuaron en algunas zonas (como la *Baetica*), el papel de los colaboracionistas fue fundamental para sostener el Imperio Romano. Un claro ejemplo de ello fue *L. Cornelius Balbus*, un habitante de Gades que, según relata Harris (2016, pp. 63-64), obtuvo la ciudadanía de Pompeyo en el 72 a.C., aunque después apoyó a César y llegó a ser cónsul de Roma en el 40 a.C.
4. Colonización basada en la centuriación de los territorios conquistados, iniciada en el 273 a.C. en *Paestum*, lo que permitía a Roma tener el conocimiento exacto de los posibles beneficios que podía obtener de estas tierras. Además, aumentaba la capacidad militar de Roma gracias a la incorporación de sus habitantes al ejército romano de diversas formas.
5. Entrega de la ciudadanía romana, si bien la concedió con diferentes derechos a cada pueblo. En cualquier caso, supuso un aumento de los efectivos militares disponibles



para Roma. La capacidad de movilizar tropas de Roma explicaría el éxito conquistador en el Mediterráneo. No hay explicación sobre las diferencias entre ciudades y por qué hubo revueltas por parte de algunas comunidades y otras no en diferentes momentos. Harris (2016, p. 32) únicamente aventura que todavía existía un odio en el centro de la Península Itálica cuando explotó el *Bellum Sociale* (91-88 a.C.), pero no hay solución para entender entonces por qué reclamaban a Roma la ciudadanía romana con todos sus derechos. Además, el historiador británico intenta comparar esta situación de la Antigua Roma con los problemas contemporáneos de ETA en el País Vasco o la Lega Nord en Italia, cometiendo así grandes anacronismos que no sirven para aclarar el problema de la ciudadanía romana durante la República.

Harris nombra así numerosos factores claves para entender el imperialismo romano, pero no entra en profundidad en estas cuestiones, sino que recoge todas aquellas propuestas planteadas desde los años setenta hasta la actualidad para apuntalar así su propia tesis sobre el imperialismo romano basada en la agresividad de esta sociedad. Defiende el empleo del concepto “imperialismo” para el mundo romano, ya que lo vincula con matanzas sangrientas y rechaza frontalmente hablar del “proceso de formación del Estado”, considerándolo un eufemismo (Harris, 2016, p. 36). Su definición es la siguiente: “imperialism is the activity by which a state or its surrogates impose its power, which it subsequently exercises and maintains, far beyond its previous boundaries, as part of a long-lasting policy of expansión” (Harris, 2016, pp. 36-37).

Además, Harris (2016, p. 45) comenta que en el 326 a.C., se prolongó el *imperium* a los cónsules más allá del año de su magistratura, lo que permitió realizar campañas militares más ambiciosas. También trata el término *prouincia* en su obra, donde indica que después del 264 a.C. adquiere una nueva dimensión, ya que por primera vez se crean provincias fuera de la Península Itálica. Pero no sería hasta el 227 a.C. cuando finalmente alcanzó su carácter territorial, ya que el número de *praetores* aumentó de dos a cuatro para hacer frente a las necesidades del Imperio con la incorporación de Sicilia y Cerdeña, así como sucedió con el número de *quaestores*, de seis a ocho. En el 197 a.C. se establecieron dos provincias en la Península Ibérica, Hispania Ulterior y la Citerior, lo que conllevó la creación de dos nuevas preturas.

El historiador británico subraya cómo Roma desarrolló de forma paralela un lenguaje diplomático. En ese sentido entiende la categoría de la *amicitia*, pues los *amici* del pueblo romano podrían ser personas pertenecientes a las provincias o a los reinos vasallos (Harris, 2016, p. 45). La escritura como técnica de dominación es también subrayada por Harris (2016, pp. 47, 98, 308), porque permitió la organización del Imperio, en tanto que los censos avalaron

la cuota de soldados que cada comunidad debía entregar a Roma para su ejército. A ello hay que sumar la propia documentación encontrada en los campamentos romanos, que da prueba del extendido uso de la escritura en la República, especialmente en lo referente a la comunicación de órdenes.

Harris (2016, pp. 46-47) sigue la estela de la tesis de Badian sobre la clientela romana para explicar su teoría, pues señala que era usual que los romanos más distinguidos buscasen afianzar los lazos con las comunidades de las provincias, si bien no desarrolla más allá esta idea. Sí explica cómo los valores de *fides* y *virtus* continuaron rigiendo la vida de la élite romana a lo largo de toda la República, con la salvedad de que el marcado carácter militarista de mediados de la República se transformó en una competición aristocrática por acumular más gloria y prestigio. Esto último fue consecuencia de la influencia de la corriente helenizadora de Grecia tras su incorporación al Imperio Romano (Harris, 2016, p. 306).

## **5. LA CONSTITUCIÓN DE *PROVINCIAE*, EL CASO DE LAS *HISPANIAS* EN J.S. RICHARDSON**

El profesor John S. Richardson mostró especial interés por el imperialismo romano, diseñando una teoría que tomaba como base los acontecimientos sucedidos en la Península Ibérica entre los años 218 y el 82 a.C., la cual se recoge en su obra *Hispaniae. Spain and the development of Roman Imperialism* (1986). Richardson (1986, p. 1) elige como caso de estudio este periodo porque coincide con el momento en el que el poder de Roma se extiende por todo el Mediterráneo y comienza su conflicto bélico contra Cartago hasta el tiempo en el que alcanza su clímax con las guerras protagonizadas por Pompeyo y César. Parte de una definición sobre qué es el “imperialismo”, considerándolo un fenómeno dinámico consistente en la dominación de pueblos por parte de otro de forma agresiva. El historiador niega así que Roma no mantuviese una actitud agresiva hacia otros pueblos, sino que ello fue lo que le impulsó a conquistar a pueblos tan lejanos como *Hispania*, las Galias o la zona oriental de Mediterráneo. Richardson (1986, p. 3) considera necesario el estudio de las diferentes actitudes que mostró Roma hacia los pueblos vencidos, tanto por parte del Senado como por el ejército, así como valorar la forma en que fueron tomadas las decisiones políticas durante este periodo. Debido a que *Hispania* contó con presencia militar romana de forma permanente desde la Segunda Guerra Púnica (a diferencia de Sicilia, donde sólo se mantuvieron tropas hasta el 238 a.C.), este territorio se convierte en un escenario ideal para estudiar las cuestiones planteadas por Richardson. (1986, pp. 7-8). Al término de la conquista de *Hispania*, a finales del siglo I a.C., la situación había

cambiado drásticamente: el territorio se había organizado en tres *prouvinciae*, *Baetica*, *Lusitania* y *Tarraconensis*, contando con 26 *coloniae*, 24 *municipia civium Romanorum*, 48 comunidades de derechos latino, 6 *civitates liberae*, 4 *foederatae* y 291 *stipendariae*. Además, en los tiempos de Augusto, todo el territorio se dividió en el ámbito administrativo en *conventus* (Plin. *NH*, 3.6-30; 4.113-18) (Richardson, 1986, pp. 3-4).

El concepto de *prouincia* para Richardson (1986, pp. 4-9, 31) refleja los cambios sufridos en la mentalidad romana a lo largo del periodo republicano. Hasta la época imperial este término hizo referencia a la tarea asignada a un magistrado con *imperium*, el cual le ha sido concedido por los *comitia centuriata*. Dicha tarea podía limitarse a un área geográfica concreta, pero no necesariamente, pues la misión encomendada podía llevar al magistrado a moverse por un territorio más amplio o bien hacer alusión al cuidado específico de un espacio en la ciudad. En el 227 a.C. se incrementó el número de pretores anuales de dos a cuatro, pues los nuevos fueron enviados a las *prouvinciae* de Sicilia y Cerdeña. En el siglo II a.C., la mayor parte de las *prouvinciae* dadas a los magistrados no estaban ya en Roma, sino en lugares remotos. La creación de estas *prouvinciae* implicaba un conjunto de normas relacionadas con la administración de ese territorio, lo que se conoce como una *forma prouvinciae*. El historiador británico explica cómo la expansión de Roma empezó a añadir un nuevo significado al término *prouincia*, en tanto que ya en la primera mitad del siglo I a.C. se estaba hablando de una región concreta, incluyendo el sistema administrativo. Es en ese momento cuando *prouincia* adquirió su carácter territorial, de manera paralela al desarrollo de instituciones que organizaran el Imperio Romano. De hecho, en los años de Augusto, la *prouincia* era vista como el principal componente del Imperio, es decir, este término había asimilado completamente su carácter territorial. Así, “the process by which the *prouincia* became a province, which was not only the redefinition of the task of the holder of *imperium*, but also the formulation of what the empire was perceived to be” (Richardson, 1986, p. 9).

Por otro lado, Richardson (1986, pp. 9-10) entiende que el concepto de *imperium*, lejos de ser un poder abstracto, tuvo un significado preciso para los romanos pese a las dificultades para rastrear su origen. El *imperium* siempre fue ostentando por magistrados romanos, pero fue cambiando su forma de aplicación de modo paralelo a la evolución de la idea de *prouincia*.

Con todo ello, Richardson (1986, p. 10) entiende que el estudio del imperialismo romano comprende la investigación de los magistrados que ejercieron su *imperium*, en este caso en las provincias de Hispania, habiendo sido enviados por el Senado de Roma para conquistar y mantener estos territorios. Por tanto, el historiador británico recoge la tesis de Badian (1968, *passim*) sobre el estudio de las oligarquías romanas, su clase dirigente, para estudiar la República de Roma.

Sobre la naturaleza del imperialismo romano, Richardson (1986, p. 30) comparte las ideas de Harris (1979, *passim*) sobre la agresividad de Roma en su expansión por el Mediterráneo. De igual modo, brevemente señala que Hispania como territorio podía aportar ciertos incentivos económicos a los senadores, lo cual sería una motivación extra para su conquista, pero no un factor clave para el inicio de las hostilidades. Pese a ello, Roma siempre inició sus guerras cuando sabía que las condiciones para la misma le eran favorables, de modo que las acciones del Senado en Hispania estuvieron motivadas por otras cuestiones (Richardson, 1986, pp. 31-35, 54-55):

1. Aníbal tenía su ejército en este territorio y, como principal enemigo de Roma, era a quien la *Urbs* debía hacer frente militarmente. Por tanto, Roma quiso desarrollar la guerra contra Cartago no en territorio itálico, sino en la Península Ibérica, en el propio territorio enemigo.
2. Tras la partida de Aníbal de Hispania hacia la Península Itálica, el Senado siguió manteniendo el conflicto bélico en el territorio ibérico. De hecho, Publio Escipión había dividido sus fuerzas cuando decidió (por su propia iniciativa) regresar a la Península Itálica con un reducido número de hombres, enviando a la mayoría de su ejército a Hispania bajo las órdenes de su hermano Cneo. Así fue como capturó la ciudad de Cissa, cercana a Tarraco, donde tomó armamento y provisiones preparadas para el ejército cartaginés.
3. La Península Ibérica también sirvió como suministro de tropas al ejército cartaginés. Según Polibio (III, 56. 4), Aníbal llegó a la Península Itálica con 20.000 soldados de infantería, de los que 8000 eran ibéricos. Además, Aníbal había enviado a Libia otros 13.850 soldados de infantería y 1200 de caballería, pero todavía quedaban 10.000 de infantería y 1000 de caballería a las órdenes de Hannón (Polyb. III, 33. 10; 35. 5-6).
4. Soporte financiero de la guerra contra Roma, ya que los cartagineses explotaron las minas de plata ibéricas que sirvieron para hacer frente al pago de mercenarios y armas (Polyb. VI, 52. 4).

El caso de Publio Escipión es especialmente destacado por Richardson (1986, *passim*), en tanto que la toma de acciones por voluntad propia de los comandantes es su principal argumento para sostener que Roma llevó a cabo lo que se conoce en época contemporánea como “imperialismo periférico”. Tomando la idea de D.K. Fieldhouse, Richardson (1986, pp. 177-178) considera que fueron los comandantes, que tenían la capacidad de *imperium*, quienes dieron forma a la actuación de Roma en el exterior. Si bien muchas veces sus acciones pudieron ser contrarias o no estar autorizadas por el Senado, los comandantes consideraron oportuno llevarlas a cabo (bien por conocimiento propio de la situación o bien por la búsqueda de gloria,

como forma de demostrar su habilidad y valentía). De esta manera, una vez tomadas estas decisiones y realizadas, eran irreversibles. Así, el imperialismo romano del siglo II a.C. en Hispania fue consecuencia directa de las decisiones e iniciativas individuales de los generales, tomadas *in situ*.

Por otra parte, Richardson (1986, pp. 178-180) comparte una idea similar a Badian (1968, pp. 2-10) respecto a la existencia de dos patrones de imperialismo romano en función del área territorial. La principal diferencia entre ambos modelos se basaba en la presencia continuada de tropas romanas en el territorio. Así, mientras que en *Hispania* el Senado consideró necesario llevar a cabo este paso para mantener el control de sus pueblos, en Macedonia se planteó la posibilidad de combinar una diplomacia continua con una guerra abierta ocasional. Sin embargo, el historiador señala que en el caso hispano no corresponde hablar de “anexión de territorios”, pues la incorporación de las *prouvinciae* hispanas en el Imperio Romano se produjo de forma gradual como consecuencia de la presencia continuada del ejército romano. No hubo en ningún momento una orden directa del Senado de llevar a cabo una política de anexión en Hispania (Richardson, 1986, p. 178). En cualquier caso, ninguno de estos métodos implicaba una forma de anexión territorial y, de hecho, esta última no suponía un mayor control de Roma sobre las comunidades que los habitaban. Richardson (1986, p. 180) hace referencia a la obra de Polibio, es decir, toma como referencia a un autor griego y, en definitiva, a Grecia, para indicar que la política aplicada en el Este tuvo mayor eficacia para aumentar el poder de Roma. Esto se debe a que Roma controló de forma inmediata la política exterior de Grecia. Pese a ello, fueron las *prouvinciae* como áreas en las que los comandantes desarrollaron su misión con *imperium* lo que acabó dando forma al Imperio Romano, convirtiéndose de este modo en sus matrices.

Dentro de su tesis, Richardson (1986, pp. 142-149) considera la *deditio* como una de las formas de actuación de Roma para con los pueblos vencidos consistente en la rendición absoluta. Se trataba de un acto que tenía lugar entre el pueblo conquistado y el magistrado o promagistrado, de forma que el Senado quedaba apartado de este trámite. La *deditio* privaba al pueblo vencido de estatus legal, dejándolo a la completa merced de Roma, es decir, del comandante según Richardson (1986, p. 146). Por tanto, el historiador considera que un *foedus* nunca pudo firmarse con un pueblo que se encontrase en esta situación, si bien tras la *deditio* se podía llegar a firmar un *foedus* (siempre que el general hubiese devuelto su estatus legal a la comunidad). Richardson (1986, pp. 142-145) apunta que con el tiempo el Senado mostró un mayor interés por controlar las acciones de los comandantes, lo cual explicaría el texto contenido en la *Tabula Alcantarensis*. Se trata de una *deditio* inscrita en bronce y datada en el 104 a.C., hallada en el castro fortificado de Villavieja, en la actual provincia de Cáceres. No se conserva el nombre del pueblo rendido, pero sí su rendición al comandante *L. Caesius*, que se

Menciona como *imperator*. Además, se hace mención al Senado de Roma, que debía tener conocimiento de todo aquello que se firmaba y aceptarlo. Por tanto, según Richardson (1986, p. 148), la *Tabula* de Alcántara debe ser vista como una excepción que confirma la regla, ya que la particularidad de esta comunidad es que sí poseía tierras, edificios y leyes. El historiador entiende que los lusitanos fueron comunidades seminómadas que organizaron incursiones y saqueos a sus vecinos en el valle del Guadalquivir para tomar lo necesario para sobrevivir. Por tanto, no podían contar con un sistema tan sofisticado como el romano, basado en cultivo de tierras y sus propias leyes y edificios. Ello explica que para el cese de las hostilidades Roma decidiese otorgar tierras a estas comunidades para sedentarizarlas de forma definitiva con sus campos de cultivo (entre los años 139 y 138 por *Caepio* y *D. Iunius Brutus* respectivamente). Según Richardson (1989, p. 147) esta forma de poner fin a la guerra no implicó una *deditio* para los lusitanos, mientras que sí se había aplicado en el norte con los celtíberos; de una manera u otra, siempre sería el general quien decidiese la resolución final para el pueblo vencido, sin la intervención del Senado.

La situación en Hispania fue muy distinta en el 82 a.C., cuando en esta *prouincia* no sólo vivían los nativos, sino también numerosos itálicos y romanos. Las comunidades habían desarrollado estrechos lazos con personalidades romanas y las ciudades empezaban a contar con una arquitectura monumental de tipo “romano-helenístico” y, en definitiva, con un urbanismo grecorromano (Richardson, 1986, p. 172). La ley y la administración romana se aplicó en las *prouinciae*, si bien todos estos cambios, según Richardson (1986, pp. 174-175), tuvieron un mayor reflejo en la costa oriental de la Península, desde el Valle del Ebro hasta el del Guadalquivir, por ser más cercana a Roma. Pese a ello, según el historiador británico, a mediados del siglo I a.C. todavía no se había configurado la Hispania de la que hablaba Plinio, sino que esta pertenecería ya al periodo augusteo. En cualquier caso, Hispania en el siglo I a.C. había dejado de ser un campo de batalla.

El Senado también cambió su forma de actuación en Hispania, ya que su función no era la de seguir suministrando todo lo necesario para mantener un conflicto bélico, sino que empezó a preocuparse por nuevas cuestiones. Así, desde la segunda mitad del siglo II a.C. el Senado empezó a interesarse por las relaciones establecidas entre los magistrados con *imperium* y los pueblos nativos, lo que acabó conduciendo a la formulación de la *lex Cornelia de maiestate* en la época de Sila. Por tanto, Richardson (1986, p. 175) defiende una tendencia a la pérdida de la autonomía por parte de los cónsules y procónsules, así como pretores y propretos, en Hispania. Esto se debe a que el historiador tras analizar la documentación, fundamentalmente las leyes de esta época y las fuentes literarias, considera que toda ella se encamina a limitar el poder de estos magistrados de provincias. Pese a ello, Richardson (1986, pp. 175-176) prosigue defendiendo la idea que sostiene que fueron estos comandantes, prácticamente de forma

individual, quienes llevaron la política exterior de Roma en las *prouvinciae* de Hispania. Serían sus decisiones particulares las que decidieron el destino de estas tierras, tomadas en función de las necesidades de cada momento, las cuales eran bien conocidas por los comandantes. Teniendo en cuenta que Richardson escribe en los años ochenta, puede entenderse que hable de la inexistencia de textos, ya sea epigráficos como literarios, que afirmen de forma tajante la intervención directa del Senado en cuestiones provinciales.

El aspecto económico del imperialismo romano no tiene peso en la tesis de Richardson, de forma similar a como ya habían señalado Badian (1968). La política senatorial no se dirigió hacia la búsqueda de beneficios por la explotación de los territorios conquistados, de acuerdo con lo extraído por Richardson (1986, pp. 176-177) en la lectura de las fuentes literarias. El Senado no promovió ningún tipo de actividad comercial en las provincias, si bien se impuso una leva para la explotación de las minas.

## **6. LA ANARQUÍA MULTIPOLAR DEL MEDITERRÁNEO Y EL AUGE DE ROMA DE A.M. ECKSTEIN**

En los últimos años, el historiador Arthur Eckstein ha desarrollado una tesis sobre el imperialismo romano que combina la teoría moderna sobre sistemas internacionales con la Historia Helenística en la obra *Mediterranean Anarchy, Interstate War and the Rise of Rome* (2006) (cuyo título ya refleja las propias conclusiones de la misma). Cabe señalar que el marco de su análisis se fundamenta en el estudio de los acontecimientos en el Mediterráneo Oriental, el área donde se encontraban los grandes reinos helenísticos y las ciudades-estado griegas, quienes, en definitiva, han legado las fuentes literarias que se conservan en la actualidad. No significa que Eckstein ignore la parte occidental del Imperio Romano, como Hispania, pero sí que las referencias en comparación son mínimas. El historiador opta así por aplicar la *Realpolitik* contemporánea o un enfoque “realista” al mundo antiguo, aceptando que no sirve para explicar todas las dinámicas que tuvieron lugar, sino que también hay que valorar otros factores sistemáticos que contribuyeron al deseo de expansión de los Estados mediante la guerra. Alejándose del realismo político, para Eckstein es especialmente importante recordar la idea de agencia individual, pues fueron individuos pertenecientes a la élite quienes tomaron determinadas decisiones (eliminando así otras posibilidades) y encaminaron así la actuación de Roma. En cualquier caso, las teorías realistas explicarían cómo Roma se alzó primero en la Península Itálica como potencia hegemónica, después en el Mediterráneo Occidental y, finalmente, en su parte oriental (Eckstein, 2006, pp. 6-9, 25, 36, 308-309). Todo ello siempre

valorando el contexto interestatal en el que se movió Roma, ya que para entender su expansión es necesario prestar atención a los otros Estados que se movían dentro de las mismas dinámicas (Eckstein, 2006, p. 307).

Eckstein (2006, p. 1) entiende el Mediterráneo antiguo como un mundo de anarquía multipolar en el que los diferentes Estados existentes lucharon entre ellos por conseguir la hegemonía en este sistema, lo que generaba situaciones inestables como consecuencia de las cambiantes dinámicas de poder. Todo ello desarrollado en un marco que el que no existía una ley internacional basada en la diplomacia comunicativa, sino que imperaba la tendencia al conflicto armado para solucionar problemas. En este sistema multipolar, la República de Roma fue capaz de emerger finalmente como la potencia victoriosa y, por ende, hegemónica en el Mediterráneo. Ello generaba una nueva situación política en la que un sistema unipolar sustituía finalmente a la anarquía multipolar que había reinado en el contexto mediterráneo hasta entonces. Siguiendo la teoría de Samuel Huntington, Eckstein (2006, p. 2) explica que Roma fue capaz de canalizar las relaciones internacionales de todas las potencias del Mediterráneo y solucionar así todos los problemas que surgieron entre ellas; ninguna otra superpotencia fue capaz de rivalizar con Roma y todas las pequeñas potencias que existieron en su tiempo la vieron como un Estado superior de referencia al cual acabaron subordinadas de una forma u otra. En ese sentido, Eckstein vuelve a plantearse las dos preguntas que han respondido el resto de historiadores expuestos previamente: (1) ¿cuáles fueron las motivaciones de Roma en su conquista? Y (2) ¿cómo explicar el éxito de Roma en esta empresa?

Eckstein (2006, pp. 3, 237) acepta la visión de una Roma militarizada y belicosa con una tendencia a sostener una diplomacia agresiva para aumentar su poder, es decir la tesis planteada por Harris (1979, *passim*). Esta sería la consecuencia de poseer un *ethos* aristocrático basado en los valores del guerrero, de forma que el *cursus honorum* de un romano sólo podía mejorar a través del desempeño de ciertas magistraturas militares y la posterior celebración de las victorias en la *Urbs* con una *ovatio* o un *triumphus*. Todo ello tuvo también su vertiente religiosa, como demuestra la construcción de templos a la diosa Victoria y la celebración de festivales religiosos de forma anual, reforzados por un aura militar. Sin embargo, esta actitud no se trataría de una excepcionalidad en el panorama mediterráneo, sino que fue una característica común a todos los Estados del mundo antiguo. Eckstein (2006, p. 238) señala cómo macedonios y otros griegos también tuvieron celebraciones para las victorias de forma muy similar, así como su *ethos* aristocrático se fundó en el desarrollo de una larga carrera militar que condujese finalmente a la gloria. Esto último también se puede observar en otros pueblos, como los persas, los cartagineses y los celtas, quienes dejaron tras de sí el rastro de las ciudades que habían saqueado. De hecho, este historiador americano llama la atención sobre el concepto del *bellum iustum* de una forma similar a lo que Veyne (1975, *passim*) había comentado. El



*bellum iustum* ha sido interpretado como una manera de justificar el imperialismo defensivo de Roma, una idea que Ecsktein toma parcialmente: Roma tenía ciertos mecanismos para frenar su agresividad en un mundo interestatal que quedaba a merced de las decisiones de las élites. De este modo, Roma tuvo un amplio marco de acción para actuar en conflictos bélicos, arguyendo siempre una cuestión defensiva por ello. Se trata de un discurso moralizador que prácticamente no encuentra parangón entre los Estados vecinos, como la propia Grecia, donde en la segunda mitad del siglo III a.C. Arato de Sición esclavizó a atletas que se dirigían al Festival Panhelénico de Nemea, rompiendo así la tradición de respetar este tipo de acontecimientos. Fue una acción que no encontró críticas dentro del propio mundo griego (Ecsktein, 2006, p. 239).

Dentro de la Historia de Roma, Ecsktein (2006, pp. 239-240) considera el año 338 a.C. de vital importancia, ya que el poder de la *Urbs* aumentó de forma drástica, en tanto que Roma había vencido los volscos con la ayuda de los samnitas, poniendo fin a la Segunda Guerra Latina. Su comportamiento desde ese momento fue mucho más agresivo, una tendencia que continuó a lo largo de todo el periodo republicano. Sin embargo, Ecsktein señala que no es posible que la aristocracia plebeya o el Senado actuaran de forma conjunta para fomentar las guerras, ya que pueden observarse fracturas en el Senado y grandes diferencias entre aristócratas, pues muchos fueron acumulando prestigio y gloria, mientras otros veían disminuir sus posibilidades de ascenso. El historiador se pregunta cómo fue posible que tanto las élites como la masa de la población estuviesen de acuerdo en ir a la guerra, teniendo en cuenta todo lo que ello suponía: muertes (posibles pérdidas de linajes) y grandes pérdidas económicas. En ese sentido, es llamativo cómo Ecsktein (2006, p. 240) señala que “the Romans did not need continuous war to keep control over the allies, [...] rather, primarily they needed to protect the allies – and perhaps to threaten them”. Por tanto, Roma intervenía en los problemas locales surgidos en la periferia de su límite de acción, lo cual es un fenómeno común a cualquier sistema de alianzas y no un signo de la belicosidad romana. El historiador habla con ello de una ansiedad creciente en la sociedad romana a partir de la década del 290 a.C. que impulsó al ejército a llevar a cabo un mayor número de intervenciones. El expansionismo romano queda así alejado de cualquier excepcionalidad en el contexto mediterráneo de su tiempo, sino que está plenamente inserto en las dinámicas político-militares propias de sistemas multipolares en las que cada unidad busca la protección propia a través del ataque. En esta situación, la inexistencia de un mediador internacional hace imposible el castigo a una potencia agresora, excepto si no es con la propia fuerza de un Estado. Roma buscó su seguridad mediante el ataque al resto de potencias, de forma que demostraba quién se había convertido en la pieza más poderosa del sistema. Eckstein (2006, pp. 179, 241-242) en su teoría defiende que cualquier agresión que quedase sin contestar era síntoma de la propia debilidad del Estado, de modo que no sólo se

consideraba las veces que atacaba una potencia y cómo, sino también cuando no lo hacía. Siguiendo a Polibio (XXIV, 10.11) y Tucídides (I, 36 y I, 71.4-5), Eckstein (2006, p. 179) insiste en la necesidad tanto de Roma como de otras grandes potencias de atender a los ruegos de Estados vecinos que pedían su protección, pues era una cuestión de prestigio y una forma de evitar acercar a dicho Estado vecino a la esfera de influencia de otra gran potencia. De hecho, llama poderosamente la atención la puntualización de Stephen Walt, pues explica cómo los Estados solían recurrir a las potencias que veían menos peligrosas para su propia autonomía política, lo que indicaría que Roma no era percibida como un Estado tan agresivo o amenazador como otros de su contexto (Eckstein, 2006, p. 179).

La belicosidad romana no era una característica exclusiva de Roma, ya que todos sus competidores compartían esa misma actitud en un mundo de anarquía interestatal. Siguiendo este razonamiento, sería la propia situación política del Mediterráneo la que provocaba una presión que tendía al fortalecimiento militar de las potencias en la Antigüedad (Eckstein, 2006, pp. 3-4, 309). El éxito de Roma no debería buscarse en la militarización de su sociedad ni en su agresividad, sino en aquellas otras características que la hacían diferente del resto de potencias del sistema anárquico del Mediterráneo (Eckstein, 2006, p. 243).

Roma hizo frente a los latinos de la Península Itálica en un intento por asegurar su área de habitabilidad, pues en estos fueron los primeros vecinos con los que sus deseos de poder y seguridad chocaron. Controlado el Lacio, Roma prosiguió su expansión hacia el centro de la Península Itálica, entrando en conflicto con los etruscos, y el Mediterráneo Occidental, donde se encontraría con Cartago como potencia hegemónica (Eckstein, 2006, pp. 177, 308). En Occidente, Roma encontró a otras potencias con su misma agresividad y ambiciones expansionistas, es decir, dentro de la dinámica imperialista que seguía Roma (Eckstein, 2006, pp. 176-177). El expansionismo de estas potencias se debe, según Eckstein (2006, p. 179), a la continua redefinición de sus límites de seguridad; conforme aumentaba su poder, también se incrementaban los enemigos a los que tenían que hacer frente, generando una ansiedad que los llevaba a controlar mayores distancias y, con ellas, a los pueblos que las habitaban. Sería este tipo de dinámicas las que llevaron a Roma a iniciar sus grandes guerras, como el enfrentamiento con Cartago, ya que el ejército romano intervino para defender a Siracusa y Sagunto de los ataques cartagineses. La cuestión importante de esta tesis se halla en entender que Roma no modificó su comportamiento respecto a otras potencias, sino que el avance de la Roma imperialista que se observa entre los años 500 y 220 a.C. se debe a las mismas dinámicas propias de un sistema multipolar. En dicho sistema las grandes potencias interfieren en la política exterior de los pequeños Estados para garantizar su protección, lo que conlleva en último término confrontación y choques de intereses entre las grandes potencias (Eckstein, 2006, p. 180). De esta manera, las políticas que buscaban mantener la independencia de los Estados

convivieron con aquellas que buscaban su expansión, lo que generó conflictos interestatales que llevaron a guerras continuas, nuevas conquistas y estados de subordinación (Eckstein, 2006, p. 308).

Ante este panorama en el que Roma tan sólo era una potencia más dentro de un mundo militarizado y con una fuerte tendencia a la belicosidad, ¿qué hizo a Roma diferente del resto de Estados del Mediterráneo para explicar su éxito expansionista? Eckstein (2006, pp. 309-311) defiende que el concepto de ciudadanía que manejaron los romanos fue la clave su excepcionalidad. Eckstein (2006, pp. 310-311) toma las palabras de Raymond Aron (1973, p. 51) en relación con la competición generada en un sistema internacional entre los Estados, la cual es consecuencia directa de la estructura de la sociedad de cada potencia. La relación entre el número de ciudadanos y el de no-ciudadanos es clave para hacer frente a la movilización de grandes recursos en la lucha contra otros Estados. En ese sentido, Roma no mantuvo un concepto de ciudadanía tan restrictivo como otros Estados helenísticos, sino que fue capaz de concederla a un amplio número de pueblos. Desde el 338 a.C. en adelante la *Urbs* fue capaz de movilizar un mayor número de tropas y mejorar la extensión e intensidad de los recursos de los que disponía. “Rome as it developed after 338 B.C. simply did not suffer from the fragilities that beset even the largest ancient states” (Eckstein, 2006, p. 310); ello le permitió sobrevivir en un ambiente violento y superar al resto de potencias. Tras la Guerra Latina, el Estado romano resultante en el 338 a.C. había eliminado de forma definitiva el concepto de ciudadanía ligado a las ideas de pertenencia a una etnia o geografía concreta, de manera que podían encontrarse varias formas legales que vinculaban a los individuos y pueblos con el Estado romano: *socii* (aliados no-romanos) y *cives*, que podía tener derecho a voto o no (*sine suffragio*). Eckstein (2006, pp. 311-312) señala que Roma permitió a las altas jerarquías no-romanas acceder a posiciones de prestigio en la política romana, una permeabilidad que sirvió para integrar a estos individuos en la sociedad romana y ganar su lealtad. De nuevo, la flexibilidad de la ciudadanía romana sería una gran diferencia con respecto al resto de potencias del Mediterráneo, pues esta situación privilegiada nunca fue ofrecida por los Estados griegos a ningún extranjero (Eckstein, 2006, pp. 312-313).

Después de un siglo, “from about 188 B.C. (and even more strongly after 168 BC.) the Mediterranean witnessed instead the emergence of a unified and unipolar system under Roman domination, stretching from Spain to Syria” (Eckstein, 2006, p. 314). La consecuencia de esta forma de integración en la sociedad romana de los pueblos conquistados había conducido a un profundo cambio geopolítico en el Mediterráneo, aunque Eckstein (2006, p. 314) insiste en la violencia necesaria para lograr la implantación de un sistema unipolar. Además, el historiador apunta que si bien Roma giró su atención hacia el Este del Mediterráneo en el 200 a.C., ello no fue como consecuencia del asentamiento de su hegemonía en la zona occidental y sus deseos

expansionistas, sino que su actuación se encuadra en la dinámica del sistema anárquico del Mediterráneo (Eckstein, 2006, pp. 5-6, 8). Roma no inició una guerra en el Este, sino que ya existían problemas en el entorno del Egeo. El vacío de poder dejado por los Ptolomeos motivó la intervención de Roma en áreas de su periferia para asegurar su poder entre sus vecinos, una idea que Eckstein toma de la lectura de Theodor Mommsen. La llegada de embajadas griegas a Roma provocó un cambio en la actitud del Senado, pues convenció a los senadores de la necesidad de intervención directa en Grecia para evitar el empoderamiento de los monarcas seléucida y macedonio, de forma que empleó la diplomacia contra Antíoco III y la guerra frente a Filipo V (Eckstein, 2006, pp. 307, 314-315). El problema se incrementó con el vacío de poder que quedó en Grecia con la victoria sobre Filipo V, ya que la Liga Etolia reclamó a Antíoco como el poder de referencia en el este, lo que fue visto por Roma como una amenaza a su hegemonía en el Mediterráneo y provocó su inmediata intervención militar en Grecia (Eckstein, 2006, p. 315).

El sistema de anarquía multipolar fue sustituido por la hegemonía romana en el Mediterráneo a través del empleo de la diplomacia coercitiva, la fuerza y la violencia contra otros Estados, no sólo aquellos derrotados, sino también los propios aliados de Roma. Después del 338 a.C., las presiones de otras potencias fueron neutralizadas por Roma tanto por las armas como por la entrega de la ciudadanía romana a otros pueblos, aumentando así los efectivos militares con los que asegurar y defender su territorio. La transición a un sistema unipolar se produjo en el siglo II a.C., con la intervención directa en el mundo griego mediante una guerra cuyo objetivo final era lograr la hegemonía tanto en el Mediterráneo Oriental como Occidental (Eckstein, 2006, p. 315).

### **6.1. El rechazo de W. Harris a la multipolaridad del mundo antiguo**

La tesis multipolar de Eckstein choca frontalmente con las ideas planteadas por Harris, quien en su última obra (2006) realiza una breve crítica a la nueva tesis imperialista. Harris (2016, pp. 42-43, 315) apunta que la hipótesis realista sobre la Roma antigua de Eckstein oculta un intento por justificar la política exterior contemporánea de Estados Unidos. De hecho, según Harris no sólo los Estados de tamaño mediano-grande tendieron a la militarización y agresividad, sino que todos ellos sin excepción sintieron esa necesidad. Roma, sin embargo, sería la excepcionalidad en la tesis de Harris, ya que en ese contexto su agresividad fue mucho mayor que el resto de sus vecinos del Mediterráneo. Incluso en los siglos II y I a.C. la agresividad romana continuó sin parangón, ya que se conservan ejemplos de la bestialidad con la que actuaron algunos de sus generales. Un ejemplo de ello puede leerse en las *Guerras Ibéricas* (100) de Apiano cuando relata que el cónsul del 98 a.C., *T. Didius*, se marchó a Hispania al año

siguiente y engañó a una comunidad para castigarla por sus actos vandálicos consecuencia de la pobreza: llevó a cabo una auténtica matanza arrinconando a la población en el campamento romano, incluyendo a mujeres y niños (Harris, 2016, pp. 53-54).

## **7. LAS FUENTES LATINAS COMO INSTRUMENTO LEGITIMADOR DEL IMPERIALISMO ROMANO EN A. ERSKINE**

El historiador Andrew Erskine realizó en el año 2010 un estado de la cuestión sobre el imperialismo en la obra que lleva el mismo nombre, *Roman Imperialism*. No es una monografía de carácter investigador, sino que el objetivo de esta es servir de guía a los estudiantes y profesores interesados por el tema. Además, gracias al análisis de las fuentes, fundamentalmente los textos clásicos, Erskine ofrece su visión sobre las dinámicas bélicas y la política exterior del Imperio Romano. En su obra trata los textos de Polibio, quien como político griego del siglo II a.C. participó en algunos de los eventos que describe. El historiador considera su *Historia* fundamental para comprender el imperialismo romano, ya que ofrece la visión de un extranjero tratando de explicar a sus contemporáneos griegos cómo Roma llegó a gobernar el mundo conocido. Erskine (2010, pp. 7-8) remarca el hecho de que Polibio considerase que Roma ya controlaba la ecúmene a mediados del siglo II a.C. Tito Livio es otra de las principales fuentes de las que bebe Erskine (2010, pp. 7-8), quien ofrece la perspectiva de ciudadano romano acomodado del norte de la Península Itálica del siglo I a.C. El objetivo de Livio era construir una historia de Roma desde su fundación hasta sus días, donde Erskine ve la idea del progreso de Roma y, por ende, cierto finalismo. El problema de la obra de Livio es la pérdida de sus libros después del número 45, ya que de los posteriores sólo se conservan resúmenes, *periochae*. Las biografías de Plutarco, la *Historia romana* de Apiano y la de Dión Casio rellenan los huecos dejados por Livio, mientras que la *Geografía* de Estrabón ofrece un retrato del mundo gobernado por Roma en los años de Augusto (Erskine, 2010, pp. 8-9). Los textos de Cicerón, Augusto y Tácito reflejan la propia mentalidad e ideología del poder romano, especialmente la *Res Gestae Divi Augusti*. La importancia que da Tácito a la guerra demuestra que el componente bélico todavía tenía un gran peso en la mentalidad romana de principios del siglo II d.C. Todas las fuentes pueden hablar de eventos pasados, pero Erskine (2010, pp. 9-10) entiende su análisis desde la plasmación de la mentalidad de la élite romana característica de la época en la que cada autor escribía.

En ese sentido, la epigrafía puede ofrecer una visión relativamente más amplia de la sociedad romana, que se completa con los datos arqueológicos y la numismática. Sin embargo,

los datos mejor conservados son aquellos que pertenecen a la élite, por ser capaces económicamente de poseer materiales no perecederos, aunque hay papiros escritos por soldados y muestran las inquietudes de capas más bajas de la población. Pese a ello, la mayor parte de la sociedad romana queda silenciada en los textos (Erskine, 2010, pp. 10-11).

La preocupación del historiador gira en torno a averiguar si Roma siguió un método concreto de defensa frente a otras potencias de su tiempo, o si, por el contrario, mantuvo una política agresiva en su entorno. Además, siguiendo la línea interpretativa de Eckstein (2006), propone buscar en las fuentes si Roma actuó como otros Estados imperialistas, pero también llama la atención sobre los intereses económicos de Roma en otros territorios (Erskine, 2010, p. ix). Por otro lado, como el propio autor indica en su prefacio, la obra gira mayoritariamente en torno a la intervención romana en Grecia (Erskine, 2010, p. xi), mostrando así la principal debilidad de su análisis: la escasa reflexión sobre la situación que se desarrollaba de forma paralela en Occidente. Pese a ello, Erskine (2010, p. 29) es consciente de sus propias limitaciones y explica que, aunque su análisis esté condicionado por las fuentes literarias en gran medida, ello no implica que Roma centrara sus esfuerzos en el control de Grecia y el Mediterráneo Oriental a lo largo del siglo II a.C. La cuestión es que estos son los eventos mejor documentados, sobre todo gracias a la obra de Polibio y a los documentos epigráficos griegos, pero el ejército romano estaba actuando al mismo tiempo en todo el Mediterráneo, especialmente en el norte de la Península Itálica contra los galos y ligures, así como contra los lusitanos y celtíberos en la Península Ibérica.

Erskine (2010, pp. 3-4) concibe el Imperio Romano como un imperio mediterráneo que llegó a extenderse desde las Islas Británicas en el norte hasta Libia en el sur, Hispania en el oeste y Siria en el este. Sin embargo, no fue un imperio territorial en origen, sino que la anexión territorial fue una cuestión secundaria para la Roma de la República Temprana. En su lugar, el Estado romano buscó la subordinación de otros pueblos mediante un control político y legal, primero en la Península Itálica y después en el resto del Mediterráneo.

Según Erskine (2010, p. 5), la clave de cualquier imperialismo, incluido el romano, es su capacidad de moldear el mundo para el beneficio de sus propios intereses. El historiador analiza el concepto de *imperium* en la antigua Roma, el cual no aparece asociado a esta idea contemporánea sobre el comportamiento de un imperio. En cambio, *imperium* hace referencia a la capacidad de dar órdenes, es decir, es una cuestión del poder que un magistrado romano podía ejercer como cónsul o pretor (o bien como procónsul o propretor si sus magistraturas se extendían más allá de la anualidad). En el siglo I a.C. este término aparece asociado al *populus Romanus*, lo que Erskine (2010, pp. 5-6) interpreta como el principal síntoma de la supremacía del pueblo romano sobre el resto de las potencias del Mediterráneo, aunque todavía hay que

esperar al siglo I d.C. para vislumbrar el significado territorial de *imperium*. La idea de *prouincia* también sufrió cambios a lo largo de su existencia, pues inicialmente aludía a la tarea encomendada a un magistrado, pero a la vez que el *imperium* cobraba carácter territorial, también lo hacía la *prouincia* (Erskine, 2010, p. 6). Erskine (2010, p. 21) recoge en su tesis las ideas de Richardson (1986, pp. 4-10), de forma que considera anacrónico hablar de *prouincia* en un momento tan temprano como los comienzos del siglo II a.C., tras la victoria de Zama. El *imperium* es una idea que debe ser entendida en términos de poder dentro del marco de las dinámicas del Mediterráneo. Roma fue una potencia capaz de controlar al resto desde un sistema político republicano que, con el tiempo, evolucionó hacia un poder unipersonal denominado por Erskine (2010, p. 6) como “monarquía” regida por un emperador desde los tiempos de Augusto. La Roma de los emperadores no realizó grandes anexiones territoriales (sobresalen las conquistas de *Britannia* por Claudio y la de *Dacia* por Trajano, quien también llevó a cabo varias campañas contra los partos), sino que se caracterizó por los cambios de estatus jurídico de los pueblos conquistados (Erskine, 2010, p. 32).

De acuerdo con la tesis de Erskine (2010, p. 12), la expansión de Roma desde el siglo V a.C. se explica por la defensa de sus fronteras frente a las razias de ecuos y volscos y, en especial, de la ciudad etrusca de Veyes. El siglo IV a.C. se definió por la Segunda Guerra Latina (341 – 338 a.C.), pues los miembros de la Liga Latina junto con otros pueblos como los campanos se enfrentaron a Roma y fracasaron. El éxito romano permitió crear una amplia variedad de estatus jurídicos para las ciudades vencidas; muchas se incorporaron al Estado romano mediante la concesión de la ciudadanía romana. Erskine (2010, pp. 13-14) indica que, si bien Livio explica este hecho como una muestra de la generosidad romana, en la práctica este nuevo estatus suponía la pérdida total de independencia, incluso para aquellas poblaciones que pasaron a ser *municipia* con autonomía gubernamental. La ciudadanía romana fue utilizada como castigo, pues dotaba de derechos a estos pueblos que, precisamente por ser romanos, únicamente eran efectivos en el trato directo con Roma. Cualquier tipo de actividad política con otra ciudad diferente a Roma quedaba suprimido. Además, aunque Roma concedió la ciudadanía romana, no siempre otorgó el *ius suffragii*, lo que dio lugar al estatus de *civitas sine suffragio*. La variedad de situaciones jurídicas de los pueblos vencidos, además, evitaba la creación de un frente opositor común a Roma, ya que cada ciudad disfrutó de diferentes derechos que, en ocasiones, se vieron como privilegios por otras ciudades. Esta forma de empleo de la ciudadanía romana fue la clave que diferenció a Roma del resto de imperios antiguos y los expedientes jurídicos desarrollados tras el 338 a.C. definieron la política exterior que seguiría Roma en los años siguientes para la conquista de la Península Itálica. Erskine (2010, p. 15) explica que todos los pueblos vencidos por Roma, ya fuesen ciudadanos romanos o no, tenían la obligación de entregar un contingente de hombres que formaban parte del ejército

romano. Los aliados conseguían algunos beneficios, como el acceso al reparto del botín y las tierras confiscadas de los derrotados. Es interesante cómo Erskine entiende el sistema de carreteras que los romanos construyeron en la Península Itálica no sólo como vías de comunicación y transporte militar, sino también como auténticos símbolos de poder que plasmaban el control del paisaje por Roma (Erskine, 2010, pp. 15-16, 61).

Erskine (2010, pp. 16-18) explica que una vez expulsado Pirro del sur de la Península, Roma mostró interés por el control de Sicilia, lo que dio lugar al conflicto con Cartago en lo que se conoce como las Guerras Púnicas. De esta forma, Roma iniciaba la conquista del Mediterráneo Occidental. Atendiendo a los autores clásicos, la actuación de Roma siempre era consecuencia del llamamiento de otra ciudad pidiendo ayuda, de modo que la intervención siempre era legítima. Con ello, Roma aparecía retratada como una gran defensora de la seguridad de sus aliados. Erskine (2010, p. 20) apunta que Roma firmó en algún momento un tratado con Sagunto que permitió su intervención en Iberia tras la derrota de esta ciudad a manos de Aníbal. Así fue como *Hispania* y *Africa* se convirtieron en *prouvinciae* de Roma, en tanto que eran espacios donde se desarrollaba la tarea de los cónsules. Después de más de quince años de guerra, Cartago renunció a su imperio y tuvo que pagar una nueva indemnización de 10.000 talentos a Roma por cincuenta años, pero lo más importante fue la prohibición de iniciar una guerra fuera de *Africa* y únicamente con el permiso expreso de Roma dentro de *Africa*. Erskine (2010, p. 21) afirma que desde ese momento Cartago se convirtió en un subordinado de Roma, de manera que la victoria de Zama había transformado a Roma en una potencia mediterránea, en el sentido de que su poder abarcaba no sólo la Península Itálica, sino Sicilia, Cerdeña e Iberia.

¿Cómo explicar los motivos que condujeron a la expansión de Roma? Erskine (2010, pp. 33-34) analiza las palabras de Polibio para encontrar cómo Roma era vista como una potencia esencialmente agresiva y expansionista. De hecho, para el autor griego la dominación universal era el objetivo a largo de plazo de Roma después de las Guerras Púnicas, a las que considera un punto de inflexión en la Historia de Roma, pues había sembrado el deseo de conquistar el resto de la ecúmene. De acuerdo con Polibio (6.8), la forma de gobierno romana, combinando monarquía (cónsules), oligarquía (Senado) y democracia (pueblo romano organizado en Asambleas) marcaba la diferencia con el resto de las potencias mediterráneas. De igual modo, su ejército era eficaz, disciplinado e implacable, consecuencia de una moral que primaba el sacrificio en beneficio del Estado romano como se observa en los funerales aristocráticos, donde los jóvenes romanos tomaban a sus ancestros de ejemplo ante las grandes gestas que habían llevado a cabo en vida por la gloria de Roma (Polyb. 6.53-55). En la línea de Harris, Erskine (2010, pp. 39-41) enfatiza la belicosidad romana como parte esencial de la educación y mentalidad aristocrática. La lectura de Polibio (6.19) muestra cómo un hombre



debía haber participado en diez campañas militares antes de poder ser elegido para una magistratura. *Auctoritas*, *dignitas*, *honor* y *gloria* forman parte del campo semántico del “honor” y aparecen frecuentemente asociadas a la sociedad romana y su élite política en particular.

La justificación a las guerras emprendidas por Roma se encuentra en autores como Livio y Cicerón. Erskine (2010, p. 25) indica que Cicerón (*Ver.* 5.117-119) bebía de Fabio Píctor para legitimar los conflictos bélicos cuando decía que eran necesarios para vivir en paz. De esta forma se aprecia que en la mentalidad romana siempre estuvo presente el lenguaje de la justificación más que el de la explicación de las decisiones tomadas. La guerra justa y lograr el *imperium* sobre otros pueblos era una meta legítima para Roma (*Cic. Off.* 1.38, *Rep.* 3.24). Virgilio (*Aen.* 1.278-279) esgrime la misma idea de un “*imperium* sin fin” que Erskine interpreta como el poder ejercido por Roma sobre otros pueblos, no en sentido territorial estricto. A ello hay que sumar el componente divino de las guerras, pues Roma siempre contó con el favor de los dioses en sus batallas, lo que explica los rituales que llevaban a cabo los *fetiales* antes de la batalla, como era tirar una lanza al territorio enemigo. Las fuentes hablan de este tipo de procedimientos para los comienzos de la República, por lo que probablemente fue una práctica ideal que fue perdiendo peso con el tiempo; pese a ello, esta religiosidad había permitido lograr una gran cohesión a la sociedad romana (Erskine, 2010, pp. 36, 38). Estos elementos conducen la tesis de un imperialismo defensivo en el que Roma siempre actuó para mantener su seguridad frente a los ataques de sus vecinos. Sin embargo, esta visión no parece sostenible, pues la “defence may explain some of Rome’s wars and possibly also limited expansion, but Rome was repeatedly at war and the resulting empire embraced the whole Mediterranean and beyond” (Erskine, 2010, p. 39). Erskine (2010, pp. 48-49) es consciente de la longevidad del Imperio Romano, lo que implica que los factores que motivaron su creación, expansión y mantenimiento fueron distintos en cada periodo. El *ethos* militar de la sociedad fue una constante a lo largo de ese tiempo, especialmente durante la República, cuando también tuvieron un papel clave la competición aristocrática por el poder y el creciente número de efectivos militares gracias a los pueblos conquistados. Sin embargo, en el siglo I a.C. los poderes unipersonales habían cobrado fuerza, como se ejemplificó finalmente en el conflicto entre Pompeyo y César, pero también la forma de ejercer el poder, que ya no era únicamente de tipo formal y jurídico, sino también territorial debido a la presencia continuada de tropas romanas en territorios conquistados. Erskine (2010, p. 49) defiende la idea de que este cambio fue consecuencia de la necesidad de desarrollar nuevas estructuras administrativas que, a su vez, se vincularía con la explotación económica de las tierras anexionadas.

En la tesis de Erskine (2010, pp. 50-52), la perspectiva de los gobernados como objeto de estudio para comprender el imperialismo romano es fundamental. El historiador toma como

referencia a Grecia, en tanto que ofrece el mayor número de textos al respecto. Polibio es el autor más relevante en este aspecto, siendo llamativo cómo ofrece una doble visión: una Roma gloriosa y libertadora de Grecia, pero también una Roma agresiva y cruel que suponía una amenaza bárbara para la cultura griega. Pese a estas diferencias, Erskine (2010, p. 53) indica que Polibio fue un claro ejemplo de cómo las élites griegas acabaron aceptando el poder de Roma en el Mediterráneo Oriental en el siglo II a.C., consecuencia tanto de una mente pragmática como por convicción. De hecho, otros historiadores como Dionisio de Halicarnaso (*Ant. Rom.* I, 5, 1), griego residente en Roma, defendió la idea de que los romanos eran griegos de origen, pues de este modo el dominio romano de Grecia era aceptable en tanto que seguía siendo griego.

## Segunda Parte:

### La ciudadanía romana como instrumento de dominación.

#### Tres casos de la Lusitania.

#### 1. EL CONCEPTO DE “CIUDADANÍA” EN EL MARCO DEL IMPERIALISMO ROMANO

Las teorías previas señalan de una u otra manera a la ciudadanía romana como uno de los principales factores que explican el éxito de la expansión romana por el Mediterráneo. Sin embargo, estos estudios carecen de profundidad legal, lo cual no deja de ser llamativo, especialmente por ser la romana una cultura preeminentemente jurídica. El derecho romano presenta un marcado carácter forense, en el sentido de su necesidad expresa de hacerse público y manifiesto, lo cual tuvo su plasmación material en las placas de bronce donde se escribieron leyes y decretos para que fuesen vistos en el foro de la ciudad.

Badian incide en el peso de las redes clientelares para explicar el imperialismo romano, una realidad de la Roma republicana que se trasladó a provincias durante la expansión. Sin embargo, cuando el historiador habla sobre las formas de establecer una relación clientelar, en verdad hace referencia a las posibles vías de transmisión de la ciudadanía romana (Badian, 1958, pp. 2-8). Lo extraordinario de su reflexión que ha sido aceptado por numerosos historiadores después, como por ejemplo Knapp (1978, *passim*) y Amela (2002, *passim*) para el caso hispano, es la aceptación de la asunción de los *nomina* de los patrones por sus clientes de forma voluntaria. Se trataría de una cuestión de imitación de los hispanos de condición peregrina a la jerarquía social más alta, los generales romanos, para demostrar su lealtad personal y política. Ello supone la separación entre los *nomina* romanos y el estatus cívico que ello debería suponer, de modo que la onomástica romana no serviría nunca más para reconocer a ciudadanos romanos en las comunidades provinciales, pues habría peregrinos haciendo uso voluntario del *tria nomina* romano (García Fernández, 2011, pp. 49, 55). Estela García Fernández (2011, pp. 48-51, 57; 2015, pp. 590-591) ha advertido ya sobre los problemas metodológicos que plantea esta teoría, pues no existen documentos que prueben que la difusión onomástica de los *nomina* sean consecuencia de las relaciones clientelares y los procesos de

*imitatio*, ya que la clientela no tiene un perfil jurídico preciso ni es de carácter exclusivo. “Una vez concedida la ciudadanía, la clientela ya no puede intervenir en su transmisión dado que este proceso es independiente de cualquier relación de poder o de dependencia y obedece a sus propias reglas que son exclusivamente de carácter jurídico” (García Fernández, 2015, p. 591).

En ese sentido, la ciudadanía romana puede obtenerse a través de varias vías, ya sea por *manumissio*, *virtutis causa* o a través del ejercicio de magistraturas locales, pero únicamente puede ser transmitida mediante filiación dentro de un matrimonio *iustum*, lo que significa que debía ser una unión entre ciudadanos romanos o entre ciudadanos romanos y latinos (no junianos). Para la transmisión de la ciudadanía romana en el hijo de un romano y una peregrina, debía ser concedido el *ius conubii* expresamente, de lo que se tiene noticia en *los diplomata militaria* (García Fernández, 2009, pp. 378-379; 2011, p. 58; 2015, p. 591). En la *Hispania* de los siglos II y I a.C. la herencia de la ciudadanía romana resultaría muy difícil, en tanto que se trata de un entorno eminentemente peregrino. Sin embargo, esta provincia ofrece el problema de ofrecer un gran número de onomástica romana en estas fechas en documentos oficiales, un detalle que no debe pasar desapercibido (García Fernández, 2011, pp. 51, 55; 2015, pp. 591-593). De aceptarse la tesis de Badian, en *Hispania* hubiese tenido lugar un caso de usurpación generalizada y, lo que es más llamativo, autorizada de *nomina* romanos, mientras que en otros territorios esta práctica era perseguida (García Fernández, 2011, p. 57; 2015, p. 594). Se conoce la reacción del emperador Claudio ante esta situación con el *Edicto de civitate Anaunorum* (CIL V 5050 1.33-34; Suet. *Claud.* 25), pero ya con anterioridad, en el 65 a.C., se creó una *quaestio* con la *Lex Papia de Peregrinis* para expulsar de Roma a quienes habían dado falso testimonio de la ciudadanía (Cic. *Off.* 3.47). Por otra parte, esta facilidad de tomar un *tria nomina* provocaría que la entrega de la ciudadanía romana dejase de ser un instrumento de dominación para Roma o un *praemium* (según el contexto) (García Fernández, 2011, p. 57; 2015, p. 594). Esta misma facilidad haría difícil explicar el *Bellum Sociale*, una guerra por la ciudadanía romana que acabó a comienzos del siglo I a.C. con el proceso de concesión de la misma a los itálicos (García Fernández, 2011, p. 52). Otra cuestión relevante es que debería diferenciarse entre los indígenas que adoptaron *nomina* romanos como elemento de aculturación y aquellos otros que sí estarían insertos en redes clientelares y tomaron el *nomen* del patrón. A ello también cabe añadir que algunos de estos clientes no siempre decidieron tomar el gentilicio del general con *imperium* que pudo entregarles la ciudadanía (García Fernández, 2011, p. 55). Un problema que se revela de esta forma de transmisión onomástica a través de la clientela es si los gentilicios también cambiaban cuando se rompían los lazos de dependencia y se adquirían unos nuevos, pues estas relaciones no eran exclusivas y seguían procedimientos voluntarios, no de tipo legal (García Fernández, 2011, p. 57). De igual forma, la *imitatio* onomástica y su transmisión por

vía clientelar únicamente contempla dos posibles condiciones jurídicas, polarizando la sociedad provincia entre los peregrinos y los ciudadanos romanos (García Fernández, 2011, pp. 59, 63).

Por estos motivos, García Fernández (2015, pp. 595-602) ofrece una hipótesis alternativa para explicar la proliferación de la onomástica latina en Hispania: a lo largo de la República tuvo lugar un programa de concesión de latinidad que fue acompañado de la autorización para utilizar los *tria nomina* romanos; algunas de estas ciudades documentadas con la condición colonial latina fueron *Carteia*, *Saguntum*, *Cartago Nova* y *Corduba* entre otras. La latinidad proporciona la infraestructura necesaria, entendida como explicación jurídica válida, para explicar la continuidad de gentilicios romanos, ciudadanía romana y *tria nomina* (o *duo nomina*) en época imperial (García Fernández, 2011, pp. 55-62; 2015, p. 601). La clientela como relación de dependencia no permitía la transmisión de la ciudadanía romana y, con ella, la onomástica de tipo romano. Pero sí hubo vías legales para que ello sucediese por filiación cuando existían uniones legales, las cuales tuvieron que darse en el seno de comunidades de derecho latino que contaron con personas que habían obtenido la ciudadanía romana *virtutis causa* o por manumisión (García Fernández, 2011, p. 63; 2015, p. 602). Esta teoría no busca restar peso a las redes clientelares en provincias, sino que también tiene en cuenta la intervención del patrono ante el emperador para obtener la *civitas* para sus clientes. Otra opción fue que un patrono con *imperium* pudo conceder *singillatim* la *civitas Romana* a su cliente, siempre de acuerdo con una ley de *civitate* que le autorizaría para tal fin (García Fernández, 2011, pp. 57-58). Por ejemplo, durante la guerra sertoriana en *Hispania* Pompeyo y Metelo concedieron la ciudadanía romana para lograr la lealtad de pueblos indígenas, pero estas decisiones tuvieron que ser después ratificadas por una ley Gelia-Cornelia, promovida por los cónsules del año 72 a.C. con el apoyo del Senado. Precisamente esta excepcionalidad demuestra que con anterioridad a esta fecha no se realizaron concesiones masivas de ciudadanía romana en *Hispania* (Pina, 2012, pp. 63-64, 66). De esta manera, la prosopografía provincial no permite conocer la extensión de las clientelas romanas, como indica el historiador Pina (2012, pp. 70, 78); si bien no se puede aceptar su segunda conclusión acerca de cómo la onomástica puede reflejar parcialmente la existencia de las clientelas, de acuerdo con la tesis desarrollada por García Fernández (2011, 2015), pues las clientelas en ningún momento funcionaron como vía de transmisión de la ciudadanía romana ni, por ende, de la onomástica latina.

Comprendidas las posibles vías de transmisión de la ciudadanía romana, cabe preguntarse si realmente la ciudadanía romana funcionó como instrumento de dominación, como también han señalado otros historiadores, véanse Eckstein (2006, pp. 310-313), Erskine (2010, pp. 13-14) y Harris (2016, pp. 29-32, 60-64). La definición jurídica de la ciudadanía romana la hacía incompatible con cualquier otra, de modo que una persona que a la que fuese entregada esta ciudadanía perdía aquella otra que hubiese ostentando hasta el momento, tal y

como afirma con rotundidad Cicerón (véanse *textos 1, 2 y 3* en el “Anexo de textos”). Ello suponía que la concesión de la ciudadanía romana implicaba la supresión de la soberanía (su autonomía e independencia) de la comunidad sometida, que pasaba así a integrarse en el *nomen Romanum* (García Fernández, 2007a, p. 316, 2007b, p. 229). Esta es la razón por la que la ciudadanía romana no debe ser vista como un beneficio en todo momento, sino que durante la República funcionó como castigo (García Fernández, 2007a, p. 312). Una prueba de esto último es el episodio relatado por Livio (8.14.4) sobre la reluctancia de *Tusculum* tras ser vencida por Roma en el 380 a.C. a aceptar la ciudadanía romana y, por tanto, a mantenerse en el *nomen Romanum* (García Fernández, 2007a, pp. 315-316).

Tanto Eckstein (2006, pp. 239-240) y Erskine (2010, pp. 13-14) enfatizan el año 338 a.C. como un momento clave para la Historia de Roma, en tanto que su comportamiento en política exterior se tornó mucho más agresivo que hasta entonces y pasó a controlar de manera definitiva las relaciones que podían establecer las poblaciones sometidas con otras, tanto diplomáticas como militares. Disuelta la Liga Latina, el año 338 a.C. fue la fecha en la que Roma inició la conquista en solitario de la Península Itálica, comandando sus propias tropas. Asimismo, quedaron configurados los expedientes jurídicos que Roma utilizaría desde entonces para incorporar a los pueblos vencidos al Estado romano (García Fernández, 2007a, pp. 312-315, 318-319):

- Conceder la ciudadanía romana, convirtiendo a las comunidades en municipios de derecho romano (tanto *optimo iure* como *sine suffragio*).
- Devolver la ciudadanía propia a la comunidad, que podía ser ciudad estipendiaria (la mayoría en Hispania y Sicilia, territorios sometidos a una economía de guerra), libre (propias del mundo griego) o federada (predominante en los pueblos itálicos y galos).
- Entregar el derecho latino, creando colonias latinas, un expediente ya utilizado desde el *Foedus Cassianum* en los siglos V y IV a.C., que ahora se adaptaba a la legislación romana y era utilizado en beneficio de la propia Roma. Concebidas como comunidades formalmente autónomas, estuvieron compuestas en su mayor parte por colonos de origen romanos (los únicos en quienes Roma confiaba para vigilar y defender los territorios conquistados) que habían tenido que renunciar a su ciudadanía de acuerdo con el principio de incompatibilidad. Nadie podía obligar a un ciudadano romano a perder su estatus jurídico, sino que debía ser su propia voluntad (véase *texto 4* en el “Anexo de textos”). Por esta razón se les dieron unos “derechos compensatorios”: *conubium*, *commercium*, *ius migrandi* e *ius suffragii*; los últimos fueron privativos de los latinos porque el primero permitía la recuperación de la ciudadanía romana y el segundo otorgaba el derecho a voto en los comicios tribados. De este modo, la

condición latina tuvo un carácter relacional, ya que permitió a sus portadores mantener relaciones legales en el contexto romano (tanto familiares como económicas y políticas). La latinidad nunca pudo adquirirse de forma individual, sino siempre colectiva. Hispania ofrece casos paradigmáticos sobre la complejidad y desarrollo que llegó a alcanzar esta condición durante la República (García Fernández, 2007b, pp. 230-231, 238-239; 2009, p. 380).

Las comunidades habían perdido su soberanía: únicamente podían establecer relaciones bilaterales con Roma y debían suministrar efectivos al ejército romano, pero mantuvieron su autonomía en política interna. Desde el 338 a.C. las tropas romanas se nutrieron no sólo del *nomem Romanum*, sino también a través de la *formula togatorum*, que incluía a las colonias latinas y a las ciudades federadas itálicas, unos efectivos que sobrepasaron la mitad de los componentes del ejército romano. Muchos antiguos ciudadanos, ahora colonos latinos, que no podían ser reclutados por no llegar a lo establecido en el censo mínimo pasaron a engrosar las filas romanas mediante dicha fórmula. Sin destruir a la comunidad vencida, Roma utilizaba su potencial militar en su propio beneficio, convirtiendo al viejo enemigo en su nuevo aliado (García Fernández, 2007a, pp. 313-317, 321; 2007b, p. 229; 2009, p. 379).

Esta realidad itálica se trasladó a provincias en lo que se conoce como “colonia latina transpadana”, pues en el 89 a.C. Pompeyo Estrabón concedió a las comunidades de la Galia Transpadana el derecho del Lacio. Se trata de una latinidad de carácter municipalizante, en el que no hubo deducción de población ni reorganización territorial, sino ajustes de tipo legal referido a la formación de un senado y ciertas magistraturas similares a la romana. El *ius Latii* permitía a la élite que había ostentado magistraturas acceder a la ciudadanía romana. Este carácter mixto, por contar con características propias de colonias latinas republicanas (el derecho del Lacio) y municipios romanos (procedimiento para generarlos y su autonomía política interna), fueron el modelo de la latinidad imperial que sirvió como expediente de integración de las poblaciones indígenas, reajustándose continuamente en función de cada territorio. En *Hispania* se testimonia la existencia de este tipo de colonias latinas en las ciudades de *Carthago Nova* y *Saguntum* (García Fernández, 2009, pp. 381-388).

## **2. LA DEDITIO DE LA TABULA ALCANTARENSIS Y EL CASTRO DE CASTILLEJO DE LA ORDEN**

La *deditio in fidem* era la exigencia formal de una rendición sin condiciones que realizaba Roma antes de decidir qué calificación administrativa entregaba a la comunidad en cuestión para neutralizar su soberanía política en el ámbito exterior. Como apunta García Fernández (2007a, p. 313), esta exigencia adquirió “casi categoría de axioma” después de la Segunda Guerra Púnica, cuando Roma asentó su hegemonía en el Mediterráneo. De esta manera, se observa cómo Roma siempre estableció relaciones asimétricas con las comunidades vencidas y se situó en la posición dominante. La *Urbs* estuvo en disposición de exigir todo tipo de bienes tangibles a la comunidad, pero sobre todo aquellos intangibles: los dioses, sus leyes y su ciudadanía, elementos todos ellos que componen un Estado. Gracias a la fórmula de la *deditio in fidem* la comunidad quedaba totalmente neutralizada, sometida a la *fides* y a merced de la voluntad romana, que decidiría después si mantenía el estatus *dediticio* por un tiempo o entregaba un determinado estatus jurídico a la comunidad (García Fernández, 2007a, pp. 313-314). Según García Riaza (2011, pp. 37, 53; 2012, p. 207), la *deditio* poseía un poder normativo consecuencia de la *fides* romana, la cual no debía ser traicionada por el general, quien debía respetar las garantías de la rendición incondicional. Así, el general veía limitadas sus demandas, impidiendo en teoría agresiones físicas o esclavizaciones, aunque se conoce el ejemplo de Galba, quien esclavizó y asesinó a lusitanos contra derecho en el 149 a.C., y luego fue juzgado en Roma (García Riaza, 2012, p. 208).

La *deditio* de Alcántara (véase la *fig. 1* en el “Anexo de Figuras”) es un bronce datado en el 104 a.C. gracias a la pareja consular que aparece mencionada en ella, *C. Marius* y *C. Flavius*, bien conocidos por la documentación epigráfica y literaria (López *et al.*, 1984, pp. 267-268). Muestra cómo a finales del siglo II a.C. el ejército romano todavía no había asegurado la línea del Tajo y debía hacer frente a una sociedad fragmentada en *populus* (véase la *fig. 2* en el “Anexo de figuras” para observar los numerosos yacimientos de la zona, los cuales pudieron pertenecer a otros *populi*), lo que explica la necesidad de firmar acuerdos de rendición con pequeñas poblaciones, como este caso (Martín Bravo, 1999, pp. 263-265). Sobre el *populus Seano[corum?]* no hay más información que la proporcionada por este bronce. Se trata de un ejemplo más de cómo Roma generalizó los nombres de los pueblos con quienes entraron en conflicto, pues en realidad estuvieron formados por múltiples comunidades de menor entidad que podían unirse en alianzas más amplias en momentos críticos, como fue la guerra contra Roma (Edmondson, 2009, p. 28). Por otra parte, debido a las confusas referencias que ofrecen los textos grecolatinos sobre la localización exacta de los lusitanos, existió un debate acerca de si el *populus Seano[corum?]* debía encuadrarse dentro de los vettones o lusitanos, el cual ha finalizado decantándose por el pueblo lusitano (Berrocal, 2017, pp. 66-69, López *et al.*, 1984,



pp. 272-275, 296-314). La realización de estos pactos demuestra que la sociedad lusitana tuvo la capacidad militar suficiente para hacer frente a Roma durante un largo periodo de tiempo. Hay que recordar que las primeras acciones del ejército romano sobre los lusitanos se remontan al 194-3 a.C., cuando el pretor Publio Escipión Nasica se enfrentó a un grupo de lusitanos después de volver de una expedición de saqueo en el valle del Guadalquivir. Después, el interés de los historiadores antiguos y modernos se centró en las Guerras Lusitanas que tuvieron como protagonista a Viriato y no fueron sofocadas hasta el 138 a.C. Sin embargo, la *Tabula Alcantarensis* muestra que estas tierras todavía no habían sido pacificadas por Roma en el 105 o 104 a.C., por lo que fue requerida la intervención del cónsul de la *Uterior*, *L. Caesius*, el gobernador de estas fechas desconocido hasta el descubrimiento del bronce y del cual se ha reconocido como posible *homo novus* favorecido por Mario para contar con un pretor leal en *Hispania* (Berrocal, 2017, pp. 64, 69; Edmondson, 2009, pp. 22-25; García Moreno, 1987, pp. 74-79; López *et al.*, 1984, pp. 268-270). Estos datos confirman la aseveración sobre los lusitanos de Estrabón (*Geog.* 3.3.3): τοῦ δὲ Τάγου τὰ πρὸς ἄρκτον ἢ Λυσιτανία ἐστὶ μέγιστον τῶν Ἰβηρικῶν ἐθνῶν καὶ πλείστοις χρόνοις ὑπὸ Ρωμαίων πολεμηθέν. Todo ello a su vez permite deducir la existencia tanto de defensas y armamento militar como de una clase guerrera lusitana que tuvo que verse favorecida por el incremento de belicosidad que propició Roma en estas tierras (Martín Bravo, 1999, p. 265).

Respecto al contenido de la *Tabula Alcantarensis* (véase el texto 5 del “Anexo de textos”), sus fórmulas muestran gran semejanza con las ya conocidas gracias a la documentación literaria y ciertas expresiones plasmadas en epígrafes (García Riaza, 2011, p. 43). Puede apreciarse cómo “el interlocutor de Roma se encuentra *in sua potestate*” (García Riaza, 2011, p. 32), ya que para el inicio del procedimiento de la *deditio* como rendición incondicional las relaciones establecidas entre Roma y la comunidad vencida debían ser asimétricas, desde la posición dominante de Roma. Ana Martín Bravo (1999, p. 265) extrae cómo percibió el enviado de Roma el castro de Castillejo de la Orden. Se menciona que los *aedificia* se mantuvieron en su estado original, lo que implicaría que el romano percibió una “arquitectura desarrollada”. Sin embargo, también puede entenderse que el asentamiento contaba con determinadas estructuras que, probablemente por el contexto jurídico del texto, serían de tipo representativo y tendrían su paralelo en el urbanismo propio del ámbito mediterráneo. De hecho, en el texto se diferencia entre la zona construida, los *aedificia*, y los campos de labor, *agros*, que también mantuvieron su distribución previa a la llegada de Roma. Martín Bravo (1999, p. 265) también hace referencia a la conservación de las leyes del *populus*, indicando que posiblemente los dos legados que firman el acuerdo en nombre del poblado formarían parte de la doble magistratura que regiría a este pueblo. Asimismo, el mantenimiento de la legislación propia, según esta historiadora, es una prueba que demuestra lo avanzado de

este pueblo lusitano, que tuvo su propia legislación. El principal problema de la interpretación que propone Martín Bravo (1999) es su literalidad, ya que cabe preguntarse hasta qué punto en la *Tabula Alcantarensis* no se lee una fórmula estandarizada para la *deditio*. García Fernández (2007a, pp. 313-314) y García Riaza (2012, p. 210) apuntan que dentro de este procedimiento de rendición condicional Roma pasaba a poseer todo “lo humano” y “lo divino” de la comunidad, es decir, sus campos, sus construcciones, su legislación y su religión, fuesen cuales fuesen. De hecho, Edmondson (1990, p. 160) y García Riaza (2002, p. 100; 2011, pp. 43-44) expresan que la fórmula de este bronce pudo tener un carácter universal, si bien se adaptaría a las características de los *dediticii* y a la propia situación político-militar de Roma en cada momento. En ese sentido, los *aedificia* que aparecen en el texto no tendrían por qué tener un paralelo en una ciudad romana, así como la presencia de una legislación propia tampoco indica el desarrollo que tuvo la misma en el *populus Seano[corum?]*. Sin embargo, la señalización de *agros et aedificia* tuvo que conllevar la existencia de cierta organización previa a la llegada de Roma, pues no todos núcleos indígenas tuvieron estos elementos propios de un asentamiento estable. Esta es una de las razones que pueden aducirse para señalar que “no existían formulas preestablecidas para su redacción, sino que cada pretor los confeccionaba a su modo y manera, incluyendo en ellos los puntos que consideraba necesarios u oportunos y redactándolos a base de comodines de la jerga administrativa” (López *et al.*, 1984, p. 287).

Una vez entregado todo “lo humano” y “lo divino” a Roma, el *imperator* debía interpelar al *consilium* qué hacer; este órgano asesor estaba conformado por hombres vinculados por lazos de parentesco o *amicitia* política con el general. Acordada en este caso la restitución de las prerrogativas definitivas de una *civitas*, el núcleo indígena volvía a contar con todos los elementos propios de una ciudad libre. La clave de este proceso es que había sido Roma quien había tomado esta decisión de forma unilateral, por lo que la comunidad había perdido su independencia *de iure* (Edmondson, 1992-1993, p. 27; García Riaza, 2002, pp. 52-54; 2011, pp. 39, 48; 2012, p. 210). Así, de acuerdo con lo expresado en el bronce, se trata de un territorio que había pasado a propiedad romana después de su sometimiento, de modo que debía ser organizado por Roma, la cual decidió ceder su *possessio* al *populus Seano[corum?]* (Wulff, 2012, p. 507).

Por otra parte, el análisis de la *Tabula Alcantarensis* no permite afirmar que el procedimiento de la *deditio* implicaba cierta protección para la comunidad que se rendía ante Roma, como ha sugerido García Riaza (2011, pp. 37, 53; 2012, p. 207) con relación a la *fides*. Es posible que parte del texto perdido en la línea 4 incluyese una connotación sobre cuál sería la situación del *populus Seano[corum?]* respecto a Roma (López *et al.*, 1984, pp. 277-278).

Un punto importante del texto es la cláusula *dum populus senatusque romanus vellet*, pues su interpretación varía en función del valor dado a la partícula *dum*, condicional o temporal. García Riaza (2011, p. 39) y otros investigadores coinciden en que las decisiones que tomó el gobernador provincial fueron luego ratificadas en Roma después del mandato de este en Hispania, sin ser necesaria una confirmación *ad hoc* del Senado. Sin embargo, Fernando Martín Rodríguez (1984, *passim*) considera que la fórmula oficial no fue la plasmada en este bronce, sino aquella en la que aparecen sus elementos en orden alterno: *Senatus populusque Romanus*. Según este historiador, la última fórmula mencionada se atestigua en documentación oficial, como serían las fuentes numismáticas y epigráficas. El motivo por el que este bronce sitúa en primer lugar al Pueblo romano frente al Senado se halla en la necesidad de pedir una *lex rogata* en la que intervenían los comicios para llevar a cabo una *adsignatio agrorum*, que es, en definitiva, lo que se realiza en la *Tabula Alcantarensis*: una concesión del *ager* que posee el *populus* de Roma a una comunidad indígena.

Al final de la *Tabula Alcantarensis* se menciona a dos *legati* nativos, cuyos nombres aparecen seguidos de la filiación, *Cren[us? - -] Arco Cantoni f(i)lius legates*, una fórmula característica de la nomenclatura peregrina. Esto puede aludir a la existencia de una jerarquía política previa en el *populus Seano[corum?]* o, por el contrario, reflejar una imposición romana requerida para llevar a cabo el proceso de *deditio* (Edmondson, 1990, p. 160, López *et al.*, 1984, p. 283).

Analizado el documento de la *deditio*, es necesario prestar atención al yacimiento de Castillejo de la Orden, donde fue hallado, ya que ofrece información complementaria para su correcta comprensión. Se trata de un poblado de la Plena Edad del Hierro, situado en la comarca de Alcántara, localizada en la parte occidental de la actual provincia de Cáceres y delimitada por los ríos Tajo y Salor (Martín Bravo, 1993, pp. 337, 348). El poblado que se asentó en este territorio escogió un cerro amesetado y rodeado por el río Jartín, lo que permitía la existencia de un foso natural que separaba al pueblo de su entorno y lo hacía accesible únicamente a través de la vaguada en el lado sur (véase la *fig. 3* en el “Anexo de figuras”). Desde el punto de vista estratégico, el cerro permitía vigilar el último tramo del Jartín y los terrenos de la orilla derecha del Tajo (donde está el yacimiento de los Morros de la Novillada), una zona de paso que se encuentra dentro de la ruta natural NO-SE donde años más tarde se construiría el conocido “Puente Trajano” (véase la *fig. 4* en el “Anexo de figuras”). Pero no se divisa la desembocadura del Jartín en el Tajo por los múltiples meandros y áreas oscuras, por lo que primaron las razones defensivas para elegir este enclave (Berrocal, 2017, p. 77; López *et al.*, 1984, p. 294; Martín Bravo, 1993, p. 345; 1994, p. 264; 1999, p. 145). Además, el castro de 4 hectáreas de superficie contaba con unas murallas ataludadas que se adaptaron a la topografía del cerro. El grosor del paramento varía desde el metro en las zonas con mejores defensas naturales y los 5 metros en

el flanco con mayor accesibilidad, donde también se halla la puerta de entrada (López *et al.*, 1984, p. 290; Martín Bravo, 1993, p. 351; 1994, p. 264; 1999, p. 145). Estas características confirman el carácter defensivo del asentamiento, pero su muralla recorre una extensión de 3,6 ha, lo cual no sería suficiente para hacer frente al ejército romano (Berrocal, 2017, p. 76). Para el lienzo se utilizaron grandes lajas de pizarra superpuestas y se intercalaron bloques de granito en la base como refuerzo constructivo (López *et al.*, 1984, p. 292; Martín Bravo, 1993, p. 345; 1994, p. 264; 1999, p. 145). El acceso al castro se producía por el lado sur, cuya puerta principal contó con dos bastiones y se abría al borde del talud hacia el Jartín. Existieron otros accesos para llegar al río que hoy en día no se reconocen con facilidad. En el extremo opuesto del istmo se apreciaba una estructura más sencilla que la anterior puerta, pues funcionó como entrada en esviaje. Mientras, en el norte, hay un vano en la muralla, entrada que se explica por ser una de las zonas más escarpadas del terreno (Martín Bravo, 1993, p. 346; 1994, pp. 264-265; 1999, p. 145). Estas características permiten inferir la forma de vida de los *Seano[corum?]*, dada la preferencia por un espacio bien defendido en lugar de terrenos llanos y fértiles, parece claro que este pueblo se dedicó a la ganadería, dejando al margen la agricultura en su economía local (Martín Bravo, 1993, p. 352). Los análisis de fauna de Castillejo de la Orden han proporcionado datos sobre la composición de la cabaña ganadera de este castro, formada principalmente por ovicápridos en un 41,5% del total (Martín Bravo, 1994, p. 282). Sin embargo, algunos autores, como Berrocal (2017, p. 77), Edmondson (1990, p. 160), López, Sánchez y García Jiménez (1984, pp. 308-309), indican que el castro de El Castillejo pudo albergar a una población de no gran envergadura, pero señalan que el *populus Seano[corum?]* tuvo que tener una mayor entidad étnica diseminada en otros asentamientos, de modo que el castro de Castillejo de la Orden sería el centro político al que se subordinarían los demás.

La arquitectura doméstica es menos conocida en el yacimiento, aunque en la ladera NO del castro se encontró un muro de 60 cm de ancho en aparejo de pizarra y un pavimento de adobe y tierra apisonada, que se han datado entre los siglos III y II a.C. (Martín Bravo, 1993, p. 352). Además, gracias a la prospección eléctrica de los años noventa, se documentaron muros rectos que forman habitaciones en esta misma área, de modo que tuvo que ser una zona de vivienda (Martín Bravo, 1993, p. 346; 1994, p. 265; 1999, pp. 145-147). Las cerámicas encontradas pertenecen en su mayoría a piezas hechas a torno con abundante desgrasante y de tonos anaranjados con los bordes vueltos. También se hallaron fragmentos de cerámica propiamente romana, fundamentalmente *terra sigillata* hispánica, si bien una de las piezas más significativas es un fondo con pie anular que conserva parcialmente el sello, aunque solo puede leerse X (Martín Bravo, 1993, p. 346; 1994, p. 265; 1999, p. 147). Pese a la falta de información, la presencia de estas *terra sigillatas* confirma la ocupación de este castro hasta época imperial, de forma más concreta hasta bien entrado el siglo I d.C. (Martín Bravo, 1993, pp. 355, 359).

También es interesante destacar las dos necrópolis de Castillejo de la Orden, situadas en las mesetas próximas al asentamiento. En su zona más alta de una de ellas se concentran los enterramientos excavados (un total de 14), lo que se conoce como la zona A, y presentan ajuares metálicos asociados a la panoplia del guerrero, con la excepción de dos tumbas, 8 y 9, que fueron arrasadas por el arado (Martín Bravo, 1993, p. 346; 1994, pp. 265-269; 1999, p. 147). La necrópolis probablemente continuaba en la parte baja de la meseta, donde se han encontrado únicamente pequeños fragmentos cerámicos. Como indica Martín Bravo (1993, p. 346; 1994, p. 269; 1999, p. 147), el número de tumbas es muy bajo para la larga ocupación que tuvo el yacimiento y por comparación con otras necrópolis extremeñas. Así, la parte baja se correspondería con los enterramientos de la población no-guerrera del poblado. La zona B se sitúa en otra meseta cercana, a 250 metros del castro y 200 metros de la anterior necrópolis. Se trata de una necrópolis excepcional, pues alejó un enterramiento con uno de los ajuares más ricos del conjunto. El ajuar hallado en estas tumbas (como los kylites griegos, las espadas de antenas, fíbulas anulares de puentes filiformes, lanzas y cuchillos afalcatados entre otros objetos) ha servido para datar estas necrópolis en torno al siglo IV a.C. (Berrocal, 2017, p. 77; Martín Bravo, 1993, p. 346; 1994, p. 269; 1999, p. 147). Ello permite conocer parcialmente cómo era el pueblo que Roma se encontró en Castillejo de la Orden: el factor bélico ya tenía un gran peso dentro de su organización social, pues todo apunta a que los ajuares más ricos se corresponderían con la clase gobernante del poblado, que coincide con la panoplia del guerrero. En ese sentido, el conflicto con Roma solo agravó la situación de agresividad y belicosidad en la que ya vivían inmersos tanto los *Seano[corum?]* como otros pueblos lusitanos.

De este modo, aunque son necesarias nuevas excavaciones arqueológicas en el castro de Castillejo de la Orden para realmente comprender cómo afectó la llegada de los romanos a esta población, hasta ahora los datos arqueológicos del yacimiento combinados con la información ofrecida por la *deditio* de Alcántara muestran cómo la dinámica interna del castro no se vio alterada tras su subordinación a Roma, en tanto que mantuvieron su organización urbanística y agraria, incluyendo también su propia organización político-legislativa. De hecho, el castro de Castillejo de la Orden perduró al menos hasta el siglo I d.C. como sugiere el análisis numismático de las monedas halladas en la zona (asociadas a los tiempos de Augusto, Tiberio, Trajano, Constantino y Teodosio) (Edmondson, 1990, p. 167). Pese a ello, como ya indicó Martín Bravo (1994, p. 284), parece plausible indicar que a lo largo del siglo II a.C. se aceleraron los procesos de defensa del territorio que ya se venían realizando desde el Bronce Final, si bien la asimilación completa al modo de ocupación romano no vendría hasta finales del siglo I d.C. con la disolución del modelo castreño y el desplazamiento de poblaciones al llano. No se aprecian destrucciones generalizadas de los castros lusitanos en época imperial, de modo que la explicación de Edmondson (1990, p. 167) sobre el deseo de los propios indígenas

de desplazarse hacia lugares llanos y cercanos a las vías de comunicación parece viable, ya que las posibilidades económicas de estos centros se verían incrementadas.

No se tienen noticias de nuevos levantamientos en Lusitania hasta el año 80 a.C., cuando de acuerdo con Plutarco (*Sert.* 10) estos pueblos se pusieron bajo las órdenes del popular Quinto Sertorio, quien se había proclamado procónsul de la Hispania Citerior, y se enfrentaron así en las llamadas “Guerras Sertorianas” (82 – 72 a.C.) a los *optimates* liderados por Quinto Cecilio Metelo Pio y Cneo Pompeyo Magno.

### 3. LA LLEGADA DE ROMA A METELLINUM

Como consecuencia de los nuevos conflictos en *Lusitania* provocados por las Guerras Sertorianas, se inició la fundación de nuevos enclaves militares que buscaban asegurar la ruta natural de penetración en Extremadura desde la Meseta, de modo que la línea del Tajo quedase definitivamente bajo poder romano. El objetivo era dejar destacamentos militares de forma permanente en este territorio para mantener su control y lanzar ofensivas a territorios colindantes que se buscaba dominar. Se trata de los primeros pasos hacia la reestructuración del territorio extremeño siguiendo la política de ocupación romana. En ese sentido, la figura de Quinto Cecilio Metelo Pio, cónsul de la *Hispania Ulterior*, fue clave para este proceso de fundaciones militares, entre las que cabe destacar *Metellinum* (véase la fig. 5 en el “Anexo de figuras” para conocer el emplazamiento en la provincia de *Lusitania*), actual Medellín (Badajoz, Extremadura) (Heras *et al.*, 2014, p. 172; Martín Bravo, 1999, pp. 265-266).

En el año 79 a.C. Q. Cecilio Metelo decidió fundar *Metellinum* sobre un asentamiento preexistente junto al río Guadiana, desde donde se podía vigilar uno de los pasos para relevantes de la zona por su facilidad para vadear el río en su tramo medio y su acceso directo con la ciudad de *Corduba* (Martín Bravo, 1999, p. 266). Plinio (*NH.* 4.22.117) incluye a *Metellinum* dentro de la lista de colonias romanas de la *Lusitania*. Se trata de una cuestión interesante, pues, aunque las cinco colonias romanas fundadas en la Lusitania se construyeron sobre antiguos asentamientos de la Edad de Hierro, ninguno de ellos tuvo un gran desarrollo urbanístico previo con la excepción de *Metellinum* (Edmondson, 1990, p. 165).

Adolf Schulten propuso una tesis sobre la actuación de Metelo en la Lusitania que ha tenido un gran éxito hasta la actualidad. Consideró que había existido una línea defensiva formada por asentamientos militares que iba a lo largo del valle del Guadiana en dirección Oeste-Este, desde *Olissipo* hasta *Metellinum*, que sería la gran base de operaciones del general.

Lo llamativo de esta teoría es la falta de correspondencia arqueológica, pues no se encontraron suficientes yacimientos para afirmar la existencia de dicha línea defensiva (Heras, 2012, pp. 29-30). Por este motivo, el historiador François Cadiou (2008, pp. 351-361, 401-405) ha desestimado el origen castrense de *Metellinum*, alegando que los campamentos militares tuvieron que moverse a distintas zonas en función de las necesidades logísticas del ejército en cada momento de la guerra sertoriana. En ese sentido, no existiría una línea de frontera a partir de los acuartelamientos de invierno. La teoría de Cadiou cobra fuerza en tanto que existen problemas en el propio yacimiento de *Metellinum* para identificar un enclave militar en el mismo que estuviese activo durante las Guerras Sertorianas. De hecho, no sigue las características de otras fundaciones de Metelo y los materiales hallados no se corresponden con los que cabría esperar de un campamento militar (Heras, 2012, p. 80). En cambio, la estratigrafía del recinto de Valdetorres, a menos de 10 km de distancia Medellín, sí cuenta con los restos materiales de un campamento militar, incluyendo potentes murallas rectas, y fue utilizado durante la segunda mitad del siglo II a.C. en el contexto de las Guerras Lusitanas (Heras *et al.*, 2014, pp. 178, 187). Así, Heras (2012, pp. 80-81) propone que este yacimiento de Valdetorres fuese el campamento de Metelo, mientras que Medellín pudo tratarse de una fundación posterior a las Guerras Sertorianas en la que se promocionó un núcleo indígena y se dio el nombre del vencedor del conflicto. Ello explicaría la falta de registro arqueológico relacionados con elementos poliorcéticos y materiales cerámicos de tipo militar. Tanto el emplazamiento de Medellín, en un vado, como el de Valdetorres son excelentes paradas en la retaguardia en el avance del ejército romano hacia *Corduba* (Heras *et al.*, 2014, p. 178).

Por otra parte, el equipo liderado por Martín Almagro ha elaborado una teoría sobre el origen de *Metellinum*, basándose en el debate abierto por el profesor Jorge de Alarcão, quien identificó a este pueblo con la *Conistorgis* de las fuentes literarias. Si bien la hipótesis es viable de acuerdo con el pasaje de Salustio (*Hist.* 1.119), donde aparece vinculado Metelo con *Conistorgis*, a la que luego daría su nombre por ser su cuartel, no concuerda con la información aportada por Apiano cuando narra otros acontecimientos de las Guerras Lusitanas, pues debería estar situada más al sur que Medellín (Heras, 2012, p.76).

Pese a los problemas respecto a su origen, no hay duda de la identificación de la *Metellinensis* de Plinio con el Medellín actual en Extremadura, pues los datos aportados por Ptolomeo (2.5.6), a la que llama *Kaikilia Metellina*, el Itinerario de Antonino, donde aparece como *Metellinum*, y en el Itinerario de Rávena (4.44), como *Metilino*, confirman tal emplazamiento (Heras, 2012, pp. 79-80). Llama la atención que no exista referencia al campamento romano de Metelo o a la colonia romana en época republicana, ni siquiera a su fundación, pues las fuentes literarias sí hablan de las Guerras Sertorianas (Heras *et al.*, 2014, p. 179). Tampoco se han hallado epígrafes en este yacimiento o en sus alrededores de tiempos de

la República, de forma que solo se constatan magistrados de época imperial; aunque sí hay fuentes numismáticas republicanas y algunos fragmentos de cerámicas de barniz negro. Esto último sumado al estudio de la antroponimia ha permitido que la mayoría de las interpretaciones acepten que el general Metelo fue el fundador de *Metellinum*, aunque el estatus colonial pudo ser posterior, es decir, impuesto o renovado por César, siguiendo su política urbanizadora de *Hispania*. En cualquier caso, gracias a las múltiples pruebas arqueológicas no hay duda de que *Metellinum* tuvo el estatus jurídico de colonia romana en tiempos de César (Heras *et al.*, 2014, pp. 180, 186-187). Por tanto, cabe señalar, en línea con la tesis desarrollada por García Fernández (2009, p. 386), que como colonia romana que contaba con ciudadanos romanos, especialmente veteranos, su fundación nunca sería dejada a la voluntad del general, sino que necesitó siempre de la ratificación del Senado. La ciudad de Itálica fue primera colonia romana en *Hispania*, pero a ella le siguieron otras fundaciones a las que el Senado autorizó a través de sus generales.

Los colonos de esta comunidad presentaban una onomástica itálica, por lo que se ha hablado de una posible doble *deductio*, en la que no sólo se asentaron veteranos de guerra, sino también población itálica que tuvo condición de ciudadano romano (siempre que *Metellinum* fuese concebida desde su fundación como colonia romana). Sin embargo, la onomástica de esta comunidad no permite afirmar que estuvo habitada por antiguos legionarios. La población indígena desaparece del registro, por lo que no se sabe cómo se integró en esta ciudad. De este modo, se trata de un caso en el que tanto indígenas como soldados quedan difuminados en el registro epigráfico (Heras *et al.*, 2014, pp. 180, 188). Siguiendo la tesis de Badian, puede buscarse si hubo algún *Caecilius* en *Metellinum*, lo cual sería de esperar si el general decidió promocionar a ciertos indígenas que estuviesen dentro de sus redes clientelares; sin embargo, no se localizan *Caecilii* en la ciudad que fundó Metelo. Pero sí se atestigua este *nomen* en otras partes de Hispania, como son *Barcino*, *Tarraco*, *Saguntum*, *Valentia*, *Emerita* y *Olisippo* (Pina, 2012, p. 67). Por otra parte, el análisis del territorio de *Metellinum* no permite confirmar la centuriación en época republicana que se puede observar en otras colonias de esta época; el campo se mantuvo tal cual había sido utilizado en tiempos prerromanos hasta el cambio de Era (Heras *et al.*, 2014, p. 188).



#### 4. LA FUNDACIÓN DE LA COLONIA IULIA AUGUSTA EMERITA

La fundación de ciudades *ex novo* es uno de los testimonios más elocuentes sobre el impacto que tuvo el poder romano en las provincias, especialmente aquellas que se monumentalizaron y contaron grandes foros, templos, teatros y anfiteatros de piedra, circo, acueductos, etc. Esto último ha sido generalmente utilizado como característica para indicar el grado de “romanización” de dicha comunidad, pero también es importante atender a los alrededores de la ciudad, sus campos y su forma de explotación, ya que de ello dependía el éxito del núcleo urbano (Edmondson, 1990, p. 151). *Augusta Emerita* fue una de estas ciudades que sirven de ejemplo paradigmático sobre cómo su monumentalización urbanística fue orquestada desde la misma Roma, el centro del Imperio (Edmondson, 1990, pp. 168-169).

Cuando la ciudad de *Lancia*, en territorio astur, fue destruida por Publio Carisio, *legatus propraetore* de Augusto, en el 25 a.C. se hizo necesario buscar un emplazamiento para asentar a los veteranos licenciados tras las Guerras Astur-Cántabras. El *legatus* fundó entonces la *Colonia Iulia Augusta Emerita* (véase la fig. 5 en el “Anexo de figuras”) en la confluencia de los ríos Guadiana y Albarregas, un punto de comunicación clave en la ruta NS situado en el oeste de la Península Ibérica hasta la colonia romana de *Hispalis* (Dio. 53.26.1, cf. Edmondson, 1990, p. 168). El nombre de *Emerita* hace referencia de manera simbólica a sus habitantes, los veteranos de guerra, mientras que los títulos de *Iulia* y *Augusta* muestran su conexión ideológica con la familia imperial (Edmondson, 2011, p. 32). *Augusta Emerita* aparece en la lista ofrecida por Plinio (*NH.* 4.22.117) como colonia romana. Fue en los tiempos de Augusto cuando la *prouincia* de *Hispania Ulterior* fue dividida en la *Baetica* y la *Lusitania*, si bien no se puede precisar una fecha concreta (1990, p. 160). Se fijó la capital de *Lusitania* en *Augusta Emerita*, la cual vio aumentar su peso sociopolítico inmediatamente, ya que fue el reflejo de Roma en este territorio en el plano políticocultural como material, en relación con su urbanismo y su estilo arquitectónico, así como sirvió de modelo para el resto de las ciudades de la *prouincia* (Edmondson, 1990, pp. 162, 168; 2011, p. 32). Esto último es una aseveración basada en la lectura de un texto Cicerón (*Pro Font.* 13) donde cuenta que las colonias eran “espejos de Roma”.

Según Estrabón (*Geog.* 3.2.15), *Emerita Augusta* contó con una población mixta, ya que incluyó tanto a colonos itálicos como a los nativos de la zona a los que se les concedió la ciudadanía. El objetivo que persiguió Roma con esta fundación era mostrar a la ciudad como un asentamiento donde los veteranos de guerra podrían desarrollar una vida pacífica cultivando la tierra; una prueba de ello son las imágenes de Marte y Diana que aparecen en las fuentes numismáticas como símbolo de la victoria militar de Augusto, mientras que en otras imágenes se veía a Apolo y a los bueyes arando el *sulcus primigenius* de una nueva ciudad (Edmondson, 2011, p. 32).

El plan urbanístico de la ciudad sigue un trazado hipodámico, prueba de la planificación previa realizada en su concepción, y cuenta con dos foros, el “foro colonial” y el “foro provincial”, una característica compartida con *Tarraco*, la capital de la *Citerior* y luego *Tarraconensis* (Edmondson, 1990, p. 168; 2011, p. 35). El foro colonial cuenta con un pórtico cuyos elementos decorativos imitan al pórtico del Foro de Augusto en la *Urbs*, como las cariátides de gran calidad y los *clipei* con cabezas de Júpiter Ammon y Medusa. Estas características invitan a pensar que la monumentalización del foro tuvo lugar después del mandato de Augusto, ya durante la dinastía Julio-Claudia (Edmondson, 1990, p. 169). Los edificios públicos se han datado en fechas muy tempranas, como el teatro inaugurado en el año 16 a.C. (*CIL* II 474), el anfiteatro en el 8 a.C. por Augusto (como asegura el nominativo que aparece en las inscripciones) y el circo en tiempos de Tiberio (Edmondson, 1990, p. 168; 2011, p. 34). Hay que indicar que tanto el teatro como el anfiteatro de *Emerita Augusta* estuvieron planificados inicialmente en el exterior de la ciudad, extramuros, pero con el tiempo quedaron englobados por ella, lo que demuestra el auge que llegó a alcanzar la capital de la *Lusitania* (Edmondson, 2011, p. 37). En época augustea también se construyeron tres acueductos y todo un sistema de suministro de agua para la ciudad, así como unos baños vinculados a los mismos (Álvarez, 1985, pp. 41-43). Muchos de los templos de la ciudad se construyeron durante la dinastía Julio-Claudia, como el templo imperial (conocido como “templo de Diana”) situado sobre un pódium y formando parte del foro colonial. Lo más destacado de esta edificación es su similitud con templos de la Roma republicana, como también ocurre con el templo de la calle Holguín, construido a imitación del *Circus Maximus de Roma* (Edmondson, 1990, p. 169).

El *territorium* de *Emerita Augusta* fue muy amplio, lo que permitió que su centuriación contase con lotes de un tamaño doble al habitual: *centuriae* de 400 *iugera* en lugar de 200 (Edmondson, 1990, p. 35). Pese a la cercanía de esta nueva colonia con *Metellinum*, de acuerdo con el análisis de Edmondson (2011, pp. 38-39), los territorios de cada una de estas comunidades no se vieron afectados, si bien el *territorium* de *Metellinum* fue de mucho menor tamaño que el de *Emerita*. Sin embargo, posiblemente sí se vieron afectados los campos de comunidades indígenas vecinas, como sería el caso de *Lacimurga*. Estas conclusiones obedecen al estudio realizado por Edmondson (2011, pp. 38-39) de un fragmento de bronce hallazgo en el SE de la provincia de *Lusitania*, cerca de los límites con la *Baetica* y la *Tarraconensis*, sin localización exacta. Se trata de una forma o mapa (ver *fig. 6* en el “Anexo de figuras”) en el que se observa el río *Anas* (identificado con el Guadiana), el nombre de *Lacimurga* y parte de una centuriación del territorio. Se ha especulado sobre a quién pudo pertenecer esta centuriación, considerando que las líneas que se observan en el bronce coinciden con la *pertica* de *Metellinum*, idea que se fuerza porque aparece un área de 275 (CCLXXV) *iugera*, lo cual se

sabe con seguridad no puede ser *Emerita* gracias a la información dada por los agrimensores, como se ha dicho anteriormente.

Como consecuencia de la fundación de *Emerita Augusta* y la construcción de vías de comunicación con otros puntos de la Península se fundaron nuevos núcleos urbanos. Una prueba de ello es la vía que unía *Emerita* con *Asturica*, donde se asentaron numerosas comunidades por el tránsito ocasionado entre ambos centros, directamente relacionado con la explotación minera del norte. Más tarde, en época tardo-imperial, la importancia de esta vía continuó vigente como se observa con la aparición de *villae* a lo largo de la misma (Edmondson, 1990, p. 166). Las nuevas vías de comunicación desarrolladas por Roma implicaron nuevas conexiones en un paisaje que antes había sido mucho más fragmentario (véase la *fig. 7* en el “Anexo de Figuras”). En esta línea, puede decirse que Roma dio unidad al paisaje que conquistó. Además, estas vías de comunicación, petrificadas por Roma, mostraban a las comunidades indígenas el dominio constante del Imperio; la red viaria había establecido una jerarquía de *civitas*, que por fines jurídicos quedaban vinculadas a los tres *conventus* de la provincia de la Lusitania: *Augusta Emerita*, *Pax Iulia* y *Scallabis*. De esta manera, la importancia de *Augusta Emerita* como capital provincial se hacía patente cada año, cuando las comunidades lusitanas tenían que enviar a un *legatus* para deliberar en el *concilium*, que se encargaba de llevar a cabo los actos de devoción a la familia imperial y de la elección del *flameen prouinciae Lusitaniae*. Con ello, los lusitanos hicieron coincidir en su mapa mental la jerarquía del poder romano con el paisaje de su provincia a través de esta red de vías (Edmondson, 1992-1993, pp. 29-30).

## Conclusiones

---

A lo largo del ensayo se han estudiado diversas interpretaciones del imperialismo romano que demuestran el dinamismo de un tema que parece recobrar fuerza en las últimas décadas. La teoría de Mommsen sobre el “imperialismo defensivo” queda totalmente descartada, a la vez que la tesis de una historia lineal y progresiva de Roma, es decir, tendente a una evolución hacia la consecución de un gran imperio. Las hipótesis finalistas han quedado ampliamente superadas y parece evidente que Roma no siempre actuó en defensa propia, aunque en las fuentes literarias el *bellum iustum* fue un tópico clave para justificar los actos de la *Urbs* y aventurarse en nuevos territorios. En esta línea, la teoría de Veyne sobre una “hegemonía informal”, negando la posibilidad de utilizar el término “imperialismo” no parece adecuada en la actualidad, ya que Roma efectivamente se comportó como una potencia conquistadora, y así lo demuestran los numerosos pactos que firmó con los pueblos vencidos y toda la legislación desarrollada a partir del procedimiento de la *deditio*.

La visión de Eckstein resulta muy interesante, en tanto que tiene en cuenta no sólo a Roma para explicar su expansión, sino también al resto de potencias del Mediterráneo. Sin embargo, su principal problema radica en el igual tratamiento que hace de los pueblos del Mediterráneo, situándoles a todos ellos en la misma posición político-militar, cuando es evidente que las dinámicas siguieron un esquema de relaciones asimétricas que fueron cambiando con el tiempo, perfilándose Roma como el claro vencedor. La anarquía interestatal sirve para explicar la pugna de Roma con sus vecinos del Lacio al principio de su expansión, Etruria después y Cartago durante las Guerras Púnicas, junto con Macedonia y los Imperios Seléucida y Ptolemaico. Pero en esta teoría otros pueblos de menor potencial militar, como los lusitanos, no encajan, pues en ningún momento tuvieron opción de llegar a dominar a Roma.

Richardson realizó un análisis de vital importancia para la Historia de Hispania, pues apostó por este territorio para analizar el funcionamiento del imperialismo romano. Sus definiciones acerca del *imperium* y la *prouincia* resultan del todo acertadas y así lo confirma su continuo empleo en la actualidad por otros historiadores. Sin embargo, no se puede sostener la tesis de este historiador sobre la pasividad del Senado durante gran parte del siglo II a.C. y el amplio margen de los generales romanos para tomar sus propias decisiones, lo que el historiador llama “imperialismo periférico”. En ese sentido, la defensa de una Historia de Roma basada en las conquistas de los magistrados enviados a provincias y las iniciativas que tomaron *in situ* (Richardson, 1986, p. 178) no se ajusta a la realidad, pues intervinieron muchos otros factores socioculturales en los que intervinieron capas más bajas de la sociedad romana y, sobre todo, los *otros* pueblos a los que Roma se enfrentó en su expansión. En cualquier caso, el Senado desempeñó un papel más importante en el desarrollo de la estrategia militar de Roma y la

posterior administración de las provincias. De hecho, según Edmondson (2009, pp. 31-32) estima, el 40 % de los senadores romanos a mediados del siglo II a.C. había sido tribuno militar, cuestor o comandante (pretor o cónsul) en *Hispania*, de modo que el Senado tenía conocimiento suficiente experiencia militar como para saber a qué se enfrentaba el ejército en esta provincia y decidir qué tipo de acciones tomar en consecuencia a ello (por ejemplo, el envío de cónsules o pretores, el número de legiones, etc.).

En ese sentido, la teoría de Harris acerca de la importancia del *cursus honorum* para la élite romana es válida, pues la posición social individual y familiar dependía en gran medida de los éxitos militares (traducidos en triunfos) de estos generales. De este modo, antes de alcanzar las más altas magistraturas (cónsul y pretor), los romanos debían haber servido como tribunos militares en el ejército para optar así a la cuestura, el inicio del *cursus honorum*. Sin embargo, no es viable hablar de “imperialismo agresivo” como hace Harris, incidiendo en la belicosidad romana como principal factor para explicar la rápida expansión y el mantenimiento del Imperio en el tiempo. Como indica Eckstein, las potencias del Mediterráneo vivían en competición constante desde mucho antes del auge de Roma, sobre lo cual no hay duda si se atiende a la Historia de Grecia y la propia Cartago más adelante. No significa que las ideas de Harris deban ser desdeñadas completamente, pues ofrece excelentes ideas, pero sí matizadas. Este es el caso de la ciudadanía romana, sobre la cual dice que sirvió como instrumento de dominación, pero sus obras no inciden en los verdaderos motivos para hacer tal aseveración. Es verdad que la entrega de la ciudadanía romana proporcionó nuevos efectos al ejército romano, que pudo convertirse en una “máquina de guerra”, pero Harris no explica por qué durante el *Bellum Sociale* algunas ciudades se rebelaron contra Roma y otras no. Es por ello por lo que ha sido necesario atender a la tesis de García Fernández sobre la ciudadanía romana y el papel que tuvo dentro del imperialismo romano, pero al mismo tiempo no se puede seguir sosteniendo la teoría clientelar de Badian, que choca frontalmente con las bases sobre las funcionó la ciudadanía romana. Cabe señalar que es necesario tener en cuenta cuál era la situación en la Península Itálica para entender cómo se desarrollaban los acontecimientos en las provincias. Ninguna realidad provincial se traspasó a Roma, sino al contrario y siempre adaptándose a las necesidades que Roma tuviese en cada momento. Se trata de una cuestión relacionada con la clientela.

Así, la ciudadanía formaba parte de la política exterior de Roma como forma de sometimiento desde un marco de dominación dentro del imperialismo romano. En el Bronce de Alcántara puede observarse cómo la comunidad afectada debía comunicar siempre su situación/regulación al Senado romano antes de que acabase la campaña; era una formalidad. Por este motivo aparecen los nombres de los individuos que fueron representando al pueblo

hispano como embajada, Crenio hijo de (?) y Arco hijo de Cantono, con una onomástica propia de los peregrinos, nombres + filiación. En el texto aparece la fórmula "siempre que el pueblo y el senado de Roma lo aprueben". Se trata de una fórmula que indica que estas decisiones se tomaban durante la campaña militar y luego debían ser ratificadas en Roma por el Senado y el Pueblo de Roma. Esta fórmula siempre aparece en los documentos, pero en la práctica únicamente decidía el Senado. La *deditio* suponía la entrega de lo material y lo inmaterial, es decir, las leyes, los dioses, la *libertas* de la comunidad, y otras cuestiones jurídicas. En el mismo acto de rendición, es decir, en campaña militar, se devolvían estos aspectos a la comunidad; no era algo que hiciese solo el general, sino que este lo consulta antes con el *consilium*. Con ello también se observa que la guerra era la precondition de la política en el mundo romano, de modo que la expansión romana fue siempre acompañada de una *deditio*. Se trataba de una forma de integración en el Imperio Romano. La clave de este procedimiento es la asimetría de las relaciones, pues Roma rompió la multilateralidad a la que había estado sometido el Mediterráneo hasta entonces. Las comunidades vencidas y conquistadas perdían su sistema de alianzas o política exterior, de modo que neutralizaba dichas relaciones y pasaban a ser bilaterales, únicamente con Roma. Siguiendo la tesis de García Fernández (2015, p. 602), la calificación jurídica de las comunidades conquistadas (ya fuese la ciudadanía romana, el derecho latino o la devolución de la ciudadanía propia) sirvió como instrumento de dominio a Roma, pues con la incorporación jurídica de estos pueblos a la legislación romana también se compartía el destino e intereses internacionales de la propia Roma. Por tanto, la expansión territorial de Roma no sólo fue consecuencia del éxito militar, sino también de los expedientes jurídicos que quedaron estipulados en el 338 a.C., los cuales irían perfilándose a lo largo de la República primero para la Península Itálica y, después adaptándolos a las realidades provinciales. Roma no esclavizó a las poblaciones conquistadas, sino que mantuvo su autonomía interna, pero vinculó su política exterior con el destino de la *Urbs* y configuró así una red de comunidades neutralizadas (García Fernández, 2007a, p. 321).

Respecto a los casos de *Metellinum* y *Emerita Augusta*, demuestran las dificultades a las que debe enfrentarse el historiador cuando trata de explicar el funcionamiento del Imperio Romano y, en definitiva, su mentalidad respecto a las formas de actuación. Es verdad que el papel de los generales fue clave para sus fundaciones, pero es complicado saber hasta qué punto actuaron por cuenta propia. Es llamativo ver cómo mientras que las Guerras Lusitanas prácticamente no han dejado huella arqueológica, las Guerras Civiles, especialmente la sertoriana, han ofrecido un mejor registro arqueológico en el territorio, especialmente por los incendios y destrucciones de poblados (Berrocal, 2017, pp. 62-63). Pero para el caso de

*Metellinum* no hay conclusiones absolutas respecto a su fundación tras la derrota de Sertorio. Pese a ello, el cambio que experimentó el paisaje en la *Lusitania* sirve de ejemplo para entender la acción de Roma en el marco de las conquistas territoriales. Roma intensificó el proceso de urbanización de la Lusitania con su llegada, especialmente gracias a la fundación de nuevas colonias romanas, como fueron los casos de *Metellinum* y *Augusta Emerita*. Los castros prerromanos pueden considerarse como una fase esencial de “proto-urbanismo”, como señala Edmondson (1990, p. 158), y, de hecho, muchos de ellos, como el de Castillejo de la Orden, continuaron ocupados en época imperial, lo que implica que al menos tuvieron que contar con funciones políticas y económicas. Además, Roma instauró una jerarquía espacial en el territorio que era un fiel reflejo material de su dominación política. En ese sentido, “*Emerita* was the place where connections to the centre of power could be established and maintained” (Edmondson, 2011, p. 45).

Finalmente, tomando las ideas de Edmondson (2014, p. 38), una única explicación no sirve de marco comprensivo del imperialismo romano para los hechos que tuvieron lugar en Hispania a lo largo de cuatrocientos años. La situación política de la *Urbs* fue distinta en cada periodo, así como los pueblos a quienes se enfrentaron en su expansión y, por tanto, los objetivos de Roma también. En ese sentido, si dentro de Hispania se hace necesario buscar argumentos distintos que se adecuen a las circunstancias concretas, resulta aún más difícil ofrecer una visión global del imperialismo romano que abarque tanto época republicana como imperial para todos los pueblos conquistados.

## Anexo de textos

---

### Texto 1: Cic. Balb. 12

*Quod si civi Romano licet esse Gaditanum sive exilio sive postliminio sive reiectione huius civitatis,—ut iam ad foedus veniam, quod ad causam nihil pertinet: de civitatis enim iure, non de foederibus disceptamus,—quid est quam ob rem civi Gaditano in hanc civitatem venire non liceat? equidem longe secus sentio. nam cum ex omnibus civitatibus via sit in nostram, cumque nostris civibus pateat ad ceteras iter civitates, tum vero, ut quaeque nobiscum maxime societate amicitia sponsione pactione foedere est coniuncta, ita mihi maxime communione beneficiorum praemiorum civitatis contineri videtur. atqui ceterae civitates omnes non dubitarent nostros homines recipere in suas civitates, si idem nos iuris haberemus quod ceteri; sed nos non possumus et huius esse civitatis et cuiusvis praeterea, ceteris concessum est. itaque in Graecis civitatibus videmus Atheniensis, Rhodios, Lacedaemonios, ceteros undique adscribi multarumque esse eosdem homines civitatum. quo errore ductos vidi egomet non nullos imperitos homines, nostros civis, Athenis in numero iudicum atque Areopagitarum, certa tribu, certo numero, cum ignorarent, si illam civitatem essent adepti, hanc se perdidisse nisi postliminio reciperassent. peritus vero nostri moris ac iuris nemo umquam, qui hanc civitatem retinere vellet, in aliam se civitatem dicavit.*

### Texto 2: Cic. Caec. 98

*Quaeri hoc solere me non praeterit—ut ex me ea quae tibi in mentem non veniunt audias—quem ad modum, si civitas adimi non possit, in colonias Latinas saepe nostri cives profecti sint. aut sua voluntate aut legis multa profecti sunt; quam multam si sufferre voluissent, manere in civitate potuissent.*

### Texto 3: Cic. Caec. 100

*[...] nam, cum ex nostro iure duarum civitatum nemo esse possit, tum amittitur haec civitas denique, cum is qui profugit receptus est in exilium, hoc est in aliam civitatem.*

### Texto 4: Cic. Dom. 78

*Qui cives Romani in colonias Latinas proficiscebantur fieri non poterant Latini, nisi erant auctores facti nomenque dederant: qui erant rerum capitalium condemnati non prius hanc civitatem amittebant quam erant in eam recepti, quo vertendi, hoc est mutandi, soli causa venerant [...].*



Texto 5: Deditio de la Tabula Alcantarensis

*C(aio) Mario Flavio [co(n)s(ulibus)]  
L(ucio) Caesio C(ai) f(ilio) imperatore populus Seanoc[- - - se]  
dedit L(ucius) Caesius C(ai) f(ilius) imperator postquam [eos in deditionem]  
accepit ad consilium retolit quid eis im[perandum]  
censerent de consili(i) sententia imperav[it ut omnes]  
captivos equos equas quas cepis(s)ent [traderent haec]  
omnis dederunt deinde eos L(ucius) Caesius C(ai) [f(ilius) imperator liberos]  
esse iussit agros et aedificia leges cete[ra omnia]  
quae sua fuissent pridie quam se dedid[erunt quae tum]  
extarent eis redidit dum populus [senatusque]  
Roomanus(!) vellet deque ea re eos [qui aderunt - - -]  
eire iussit legatos Cren[us? - - -]  
Arco Cantoni f(ilius) legates*

## Anexo de figuras



Fig. 1. Imagen de la Tabula Alcantarensis (Castillejo de la Orden, Cáceres, Extremadura), *deditio* de un *populus* lusitano datada en el 104 a.C.

(*Hispania Epigraphica*: “Sentencia sobre la rendición (*deditio*) de un pueblo lusitano ante el imperator L. Caesius. Record No. 22832”; enlace web:

[http://eda-bea.es/helper/img\\_wrapper.php?copy=%C2%A9+Jos%C3%A9-Vidal+Madruga+&img=22832.jpg](http://eda-bea.es/helper/img_wrapper.php?copy=%C2%A9+Jos%C3%A9-Vidal+Madruga+&img=22832.jpg))

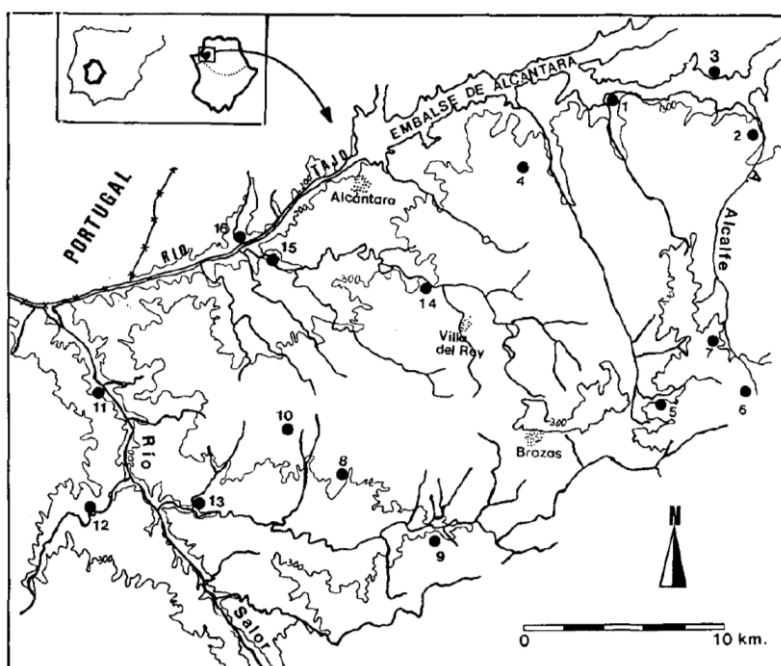


Fig. 2. Mapa de los yacimientos de la Edad del Hierro en la Comarca de Alcantara (Cáceres, Extremadura), delimitada por los ríos Tago y Salor. 1. La Muralla, 2. Castellón de Abajo, 3. Peñas del Castillejo, 4. Los Manchones, 5. Holguín, 6. Cerro de Mariperales, 7. Dehesa del Manzano, 8. Lagarteras, 9. La Atalaya, 10. El Espadañol, 11. Minas del Salor, 12. La Natera, 13. Castillejo de Gutiérrez, 14. El Castillejo, 15. **Castillejo de la Orden**, 16. Morros de la Novillada.

(Martín Bravo, 1993, p. 338)

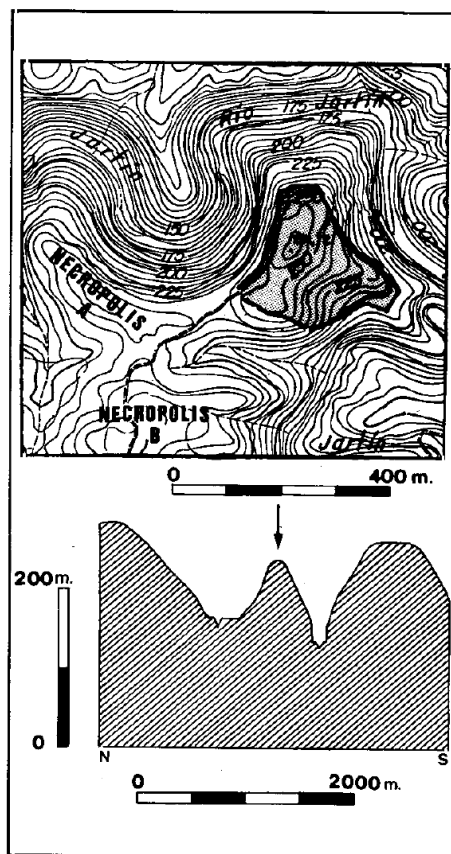


Fig. 3. El castro de Castillejo de la Orden (Cáceres, Extremadura) y perfil topográfico del emplazamiento

(Martín Bravo, 1994, p. 264)

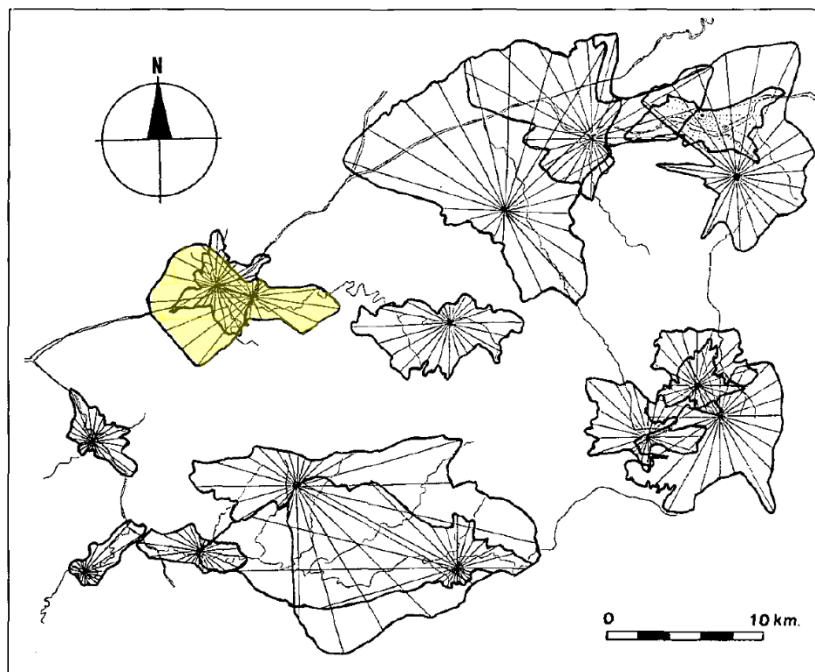


Fig. 4. Representación de las áreas divisibles desde los yacimientos de la Comarca de Alcántara (Cáceres, Extremadura). En “amarillo” la zona controlada desde el castro de Castillejo de la Orden.

(Martín Bravo, 1993, p. 350)

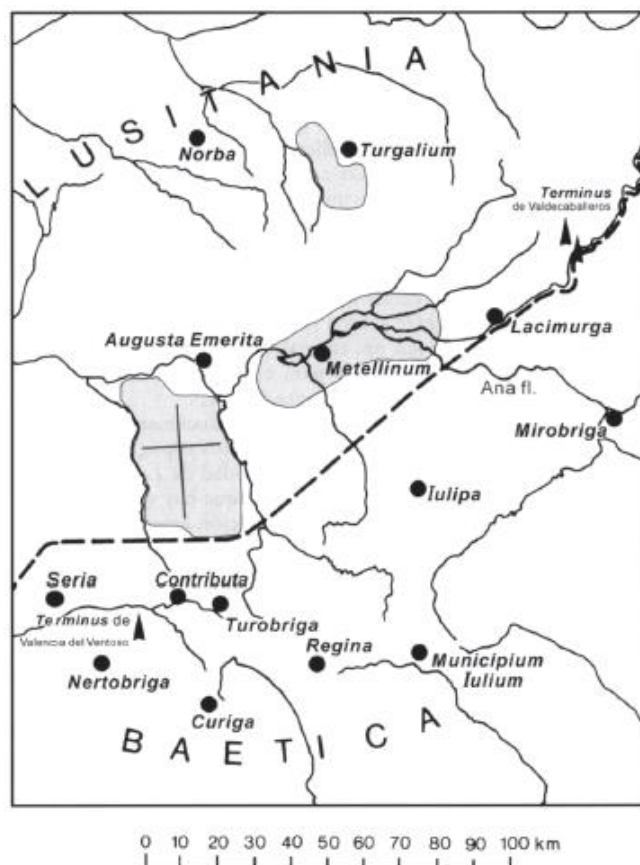


Fig. 5. Mapa del Sur-Oeste de *Lusitania* y el Norte de *Baetica*, donde se observa la centuriación al sur de *Emerita Augusta* y el territorio de *Metellinum*

(Ariño Gil *et al.*, 2004, p. 141)

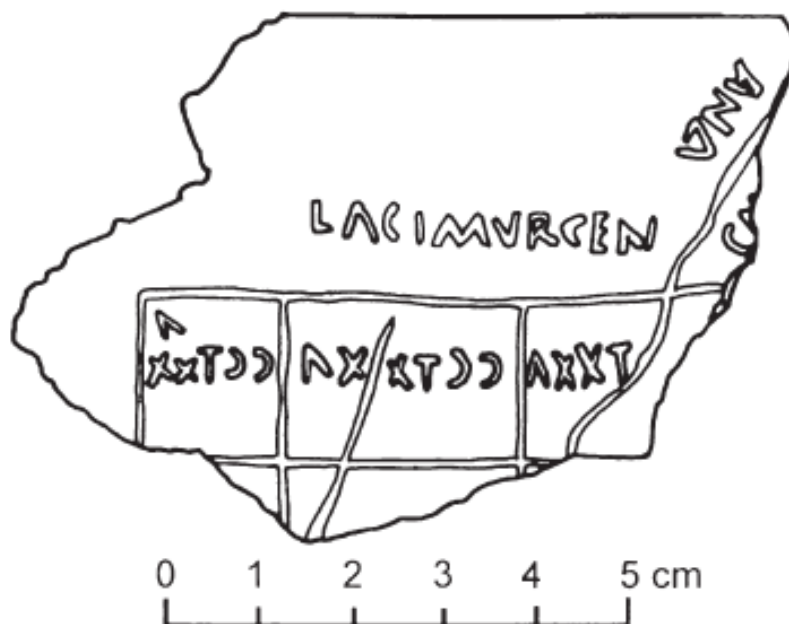


Fig. 6. Fragmento de una forma en bronce que muestra la centuriación de un territorio y el río Anas

(Ariño Gil *et al.*, 2004, p. 35)

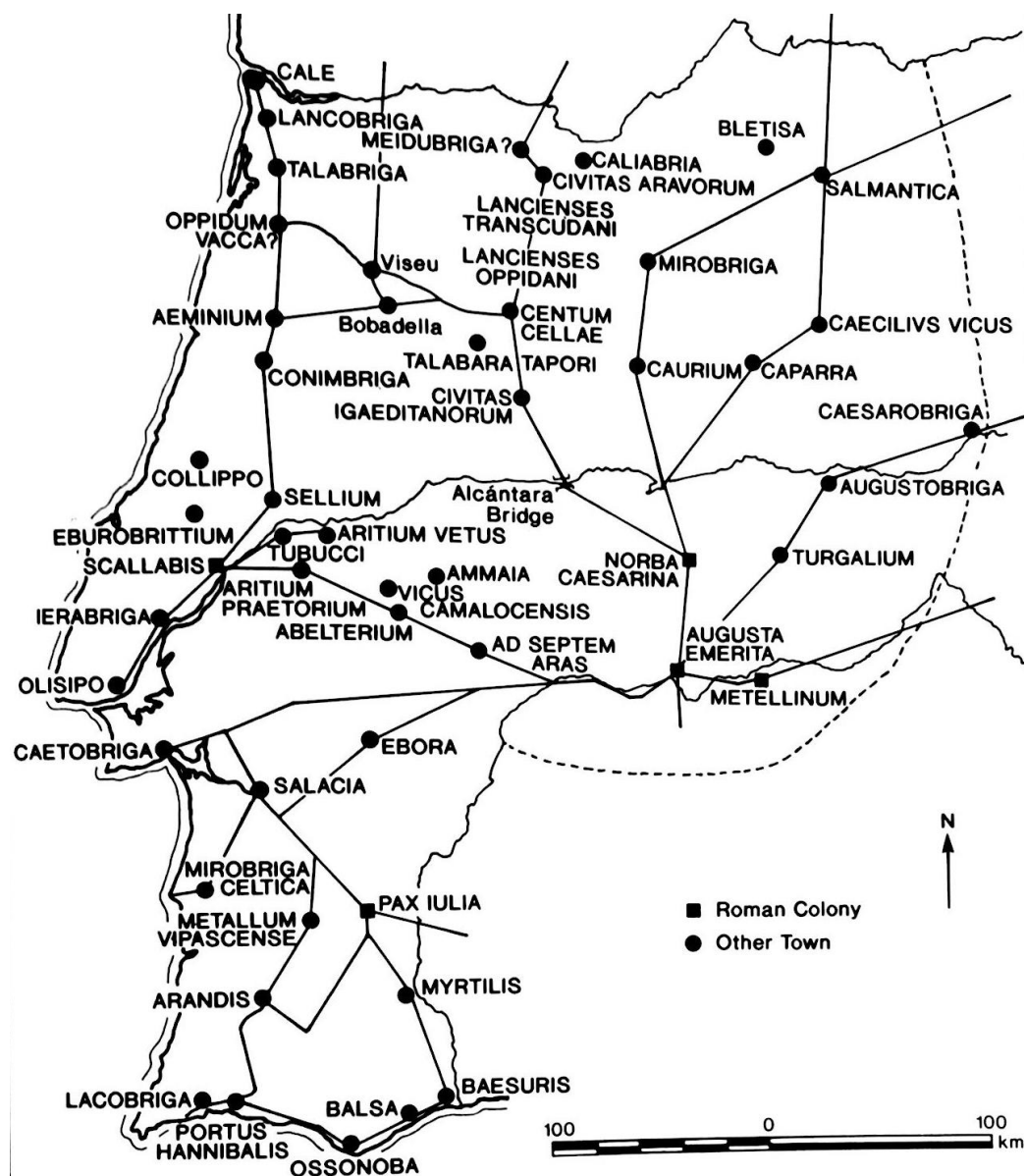


Fig. 7. Ciudades y vías de Lusitania  
(Edmondson, 1990, p. 157)

## Bibliografía

---

- ÁLVAREZ MARTÍNEZ, José M. (1985), “Excavaciones en *Augusta Emerita*”, en *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas (Zaragoza, 1983)*, Madrid, pp. 35-53.
- AMELA VALVERDE, Luis (2002), *Las clientelas de Cneo Pompeyo Magno en Hispania*, Barcelona, Publicaciones de la Universitat de Barcelona.
- ARIÑO GIL, Enrique, PALET I MARTÍNEZ, Josep M. y GURT, José M. (2004), *El pasado presente. Arqueología de los paisajes en la Hispania romana*, Salamanca, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona.
- ARON, Raymond (1973), *Peace and War: A Theory of International Relations*, Nueva York, Anchor Press.
- BADIAN, Ernst (1958), *Foreign clientelae (264 – 70 B.C.)*, Oxford, Oxford University Press.
- \_\_\_\_\_ (1968), *Roman Imperialism in the Late Republic*, Ithaca.
- BERROCAL-RANGEL, Luis (2017), “Lusitanos, célticos y vettones, oponentes de Roma”, en Martínez, E. Cantera, J. y Pi Corrales, M. de P. (eds.), *La Guerra en el Arte*, Universidad Complutense de Madrid.
- CADIOU, François (2008), *Hibera in terra miles. Les armées romaines et la conquête de l’Hispanie sous la République (218-45 av. J.-C.)*, Madrid, Casa de Velázquez.
- CHAMPION, Craig B. y ECKSTEIN, Arthur M. (2004), “Introduction: The Study of Roman Imperialism”, en Champion, C. (ed.), *Roman Imperialism. Readings and sources*, Bodmin, Blackwell Publishing, pp. 1-15.
- DÍAZ FERNÁNDEZ, Alejandro (2015), *Provincia et Imperium. El mando provincial en la República romana (227 – 44 a.C.)*, Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla.
- ECKSTEIN, Arthur M. (2006), *Mediterranean Anarchy, Interstate War and the Rise of Rome*, Berkeley, University of California Press.
- EDMONDSON, Jonathan C. (1990), “Romanization and urban development in Lusitania”, en Blagg, T. y Millett, M. (eds.), *The Early Roman Empire in the West*. (Oxbow Books). Oxford, pp.151-178.
- \_\_\_\_\_ (1992-1993), “Creating a provincial landscape: Roman imperialism and rural change in Lusitania”, *Studia Historica: Historia Antigua* 9-10, pp.13-30.
- \_\_\_\_\_ (2011), “A Tale of Two Colonies: Augusta Emerita (Mérida) and Metellinum (Medellín) in Roman Lusitania”, en Sweetman, R. (ed.), *Roman Colonies in the First Century of their Foundation*, Oxford, Oxbow Books, pp. 32-54

- \_\_\_\_\_ (2014), “*Hispania capta*: reflexiones sobre el proceso e impacto de la conquista romana en la Península Ibérica”, en Bravo Castañeda, G. y González Salinero, R. (eds.), *Conquistadores y conquistados: relaciones de dominio en el mundo romano. Actas del IX Coloquio de la Asociación Internacional de Estudios Romanos*, Madrid, Signifer Libros, pp.19-43.
- ERSKINE, Andrew (2010), *Roman imperialism*, Edimburgo, Edimburgh University Press.
- GARCÍA FERNÁNDEZ, Estela B. (2007a), “Ciudadanía e imperio”, *Gerión* 25, Nº Extra 1 (Ejemplar dedicado a: Necesidad, sabiduría y verdad: el legado de Juan Cascajero), pp. 311-321.
- \_\_\_\_\_ (2007b), “Ni ciudadanos, ni extranjeros: la condición jurídica de la población provincial”, en Mangas Manjarrés, J. y Montero Herrero, S. (cords.), *Ciudadanos y extranjeros en el mundo antiguo: segregación e integración*, Madrid, Ediciones 2007, pp. 227-240.
- \_\_\_\_\_ (2009), “Reflexiones sobre la latinización de Hispania en época republicana”, en Andreu Pintado, J., Cabrero Piquero, J. y Rodà de Llanza, I. (cords.), *Hispania: las provincias hispanas en el mundo romano*, Tarragona, Institut Català d’Arqueologia Clàssica (ICAC), pp. 377-390.
- \_\_\_\_\_ (2011), “Movilidad, onomástica e integración en Hispania en época republicana: algunas observaciones metodológicas”, en Iglesias Gil, J.M., y Ruiz Gutiérrez, A. (eds.), *Viajes y cambios de residencia en el mundo romano*, Santander, Ediciones Universidad de Cantabria, pp. 47-66.
- \_\_\_\_\_ (2015), “Clientela y difusión onomástica en Hispania. Algunas observaciones sobre la documentación de Sagunto”, en Beltrán, A., Sastre, I. y Valdés, M. (eds.), *Los espacios de la esclavitud y la dependencia desde la Antigüedad. Homenaje a Domingo Plácido. Actas del XXXVº Coloquio Internacional del GIREA*, Presses universitaires de Franche-Comté, pp. 589-605.
- GARCÍA MORENO, Luis A. (1987), “Reflexiones de un historiador sobre el Bronce de Alcántara”, en García Moreno, L.A. (dir.): *Hispani Tumultuantes. De Numancia a Sertorio*, Memorias del Seminario de Historia Antigua, I, Alcalá de Henares, Universidad de Alcalá de Henares, pp.67-79.
- GARCÍA RIAZA, Enrique (2002), *Celtíberos y lusitanos frente a Roma: diplomacia y derecho de guerra* (Anejos de Veleia, Series Minor 18. Servicio editorial de la Universidad del País Vasco). Vitoria-Gasteiz.
- \_\_\_\_\_ (2011), “Derecho de guerra en Occidente durante la expansión romano-republicana. Planteamientos metodológicos”, en García Ríaza, E. (ed.), *De fronteras a provincias. Interacción e integración en Occidente (ss.III-I a.C.)*. (Edicions Universitat de les Illes Balears). Palma de Mallorca, pp.31-65.

- \_\_\_\_\_ (2012), “Territorios indígenas y derecho de guerra romano en Hispania”, en Santos Yanguas, J. y Cruz Andreotti, G. (eds.), *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: el caso hispano. Revisiones de Historia Antigua VII. Anejos de Veleia*, Acta 12, Vitoria, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, pp.207-233.
- GIBBON, Edward (1966), *The decline and fall of the Roman Empire* (1ª ed. 1876), Penguin Books.
- HARRIS, William V. (1979), *War and Imperialism in Republican Rome*, Oxford, Oxford University Press.
- \_\_\_\_\_ (1982), “The Italians and the Empire”, en HARRIS, W. (ed.), *The Imperialism of Mid-Republican Rome, Papers and monographs of the American Academy in Rome*, Vol. XXIX, pp. 89-109.
- \_\_\_\_\_ (2016), *Roman power, a thousand years of Empire*, Cambridge, Cambridge University Press.
- HERAS MORAL, Francisco J. (2012), *Arqueología de la implantación romana en los cursos Tajo-Guadiana (siglos II-I a.n.e.)*. Tesis doctoral inédita, Universidad Autónoma de Barcelona.
- HERAS MORAL, Francisco J., MAYORAL HERRERA, Victorino, SEVILLANO PEREA, Luis y SALAS TOVAR, Ernesto (2014), “El territorio de Medellín en época republicana. Análisis especial y unas preliminares deducciones históricas”, en Salas Tovar, E. (coord.), *La gestación de los paisajes rurales entre la Protohistoria y el periodo romano. Formas de asentamiento y procesos de implantación. Anejos de AEspA*, LXX, Mérida, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, pp. 171-190.
- HINGLEY, Richard (2005), *Globalizing Roman Culture. Unity, diversity and empire*, Londres, Routledge.
- \_\_\_\_\_ (2009), “Cultural diversity and unity: Empire and Rome”, en *Material culture and social identities in the ancient world*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 54-75.
- \_\_\_\_\_ (2011), “Globalization and the Roman empire: the genealogy of ‘Empire’”, *SEMATA, Ciencias Sociais e Humanidades* 23, pp. 99-113.
- JIMÉNEZ DÍEZ, Alicia (2008), *Imagines Híbridae: Una Aproximación Postcolonialista Al Estudio de Las Necrópolis de La Bética*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto de Historia, Departamento de Historia Antigua y Arqueología.
- KNAPP, Robert C. (1978), “The origins of provincial prosopography in the West”, *Ancient Society* 9, pp. 187-222.
- LÓPEZ MELERO, Raquel, SÁNCHEZ ABAL, José Luis y GARCÍA JIMÉNEZ, Santiago, (1984); “El bronce de Alcántara. Una *deditio* del 104 a.C.”, *Gerión*, 2, pp.265-323.



- MARTÍN BRAVO, Ana M<sup>a</sup>. (1993); “El poblamiento de la comarca de Alcántara (Cáceres) durante la Edad del Hierro”, *Complutum* 4, pp. 337-360.
- \_\_\_\_\_ (1994); “Los castros del occidente de la provincia de Cáceres”, en Almagro Gorbea, M. y Martín Bravo, A. M<sup>a</sup>, (eds.), *Castros y oppida en Extremadura*, Madrid, Editorial Complutense, pp.243-286.
- \_\_\_\_\_ (1999), *Los orígenes de Lusitania en el I milenio a.C. en la Alta Extremadura*, Madrid, Real Academia de la Historia.
- MARTÍN RODRÍGUEZ, Fernando (1986): “La fórmula *Populusque Senatusque Romanus* en los bronzes de Lascuta y Alcántara”, *Gerion* 4, pp.313-318.
- PINA POLO, Francisco (2012), “Generales y clientelas provinciales: ¿Qué clientelas?”, en Santos Yanguas, J. y Cruz Andreotti, G. (eds.), *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: el caso hispano, Revisiones de Historia Antigua VII. Anejos de Veleia*, Acta 12, Vitoria, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, pp. 55-80.
- RICHARDSON, John S. (1986), *Hispaniae. Spain and the development of Roman Imperialism*, Cambridge, Cambridge University Press.
- \_\_\_\_\_ (2011), *The language of Empire: Rome and the idea of Empire from the Third Century BC to the Second Century AD*, Cambridge, Cambridge University Press.
- VEYNE, Paul (1975), “Y a-t-il eu un impérialisme romain?”, *MEFRA* 87, pp. 793-855.
- WOOLF, Greg (1998), *Becoming Roman: The Origins of Provincial Civilization in Gaul*, Cambridge, Cambridge University Press.
- WULFF ALONSO, Fernando (2012), “El Edicto de Bembibre y el modelo de dominación romano en el Noroeste peninsular”, en Santos Yanguas, J. y Cruz Andreotti, G. (eds.), *Romanización, fronteras y etnias en la Roma antigua: el caso hispano, Revisiones de Historia Antigua VII. Anejos de Veleia*, Acta 12, Vitoria, Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, pp. 499-556.